

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LIV, número 41 (2.789)

Ciudad del Vaticano

14 de octubre de 2022

11 de octubre de 1962:  
Se cumplen sesenta años  
de la apertura del Concilio  
Ecuménico Vaticano II

El camino  
ecuménico  
está abierto  
y ya no se  
podrá cerrar

BARTOLOME\*

Cuando el Papa Juan XXIII anunció la convocatoria de un gran concilio de todos los cristianos, surgió la esperanza en el mundo ortodoxo, especialmente en nuestro bendito predecesor, el Patriarca Atenágoras, de que se iba a convocar un gran concilio ecuménico de todas las Iglesias cristianas, para encontrar caminos para la unidad del Cuerpo de Cristo. Por otra parte, la experiencia de Angelo Roncalli con Oriente se había consolidado con su presencia, como delegado apostólico, primero en Bulgaria y luego en Grecia y Turquía. Fue en marzo de 1927 cuando el futuro Papa tuvo su primer encuentro con el entonces Patriarca Ecuménico Basilio III, quien le había confiado su preocupación por la desunión del mundo cristiano y su deseo de que se convocara un concilio general de toda la cristiandad.

Angelo Roncalli llegó por primera vez a Bulgaria en 1925, donde permaneció hasta 1934, cuando fue nombrado delegado apostólico en Turquía y Grecia, cargo que ocupó hasta 1944. Fueron años ciertamente difíciles, tanto en el plano político de la Europa de entonces, que salía de las grandes divisiones abiertas por la Primera Guerra Mundial, como en el torbellino de acontecimientos que conmoverían al mundo con la Segunda Guerra Mundial. Pero también años de indiferencia entre las Iglesias, por no decir de abierta rivalidad en la oficialidad de sus relaciones. Lo que era diferente, sin embargo, era el acercamiento personal entre los hombres de la Iglesia en privado, en su conciencia intrínseca de tener que trabajar juntos por el pueblo de Dios, en la conciencia de pertenecer al mismo Dios uno y trino, a la única Iglesia de Cristo que en Cristo nunca puede estar dividida en su comunión invisible. En Bulgaria, la figura de Angelo Roncalli se convierte en una experiencia de esta comunión invisible, con el exarca Esteban y su Sínodo, como con los simples fieles, "abandonados a la santa voluntad del Señor incluso en las cosas pequeñas", como escribió en una nota en 1934. Un hombre, un creyente, un obispo que comprendió bien que "católicos y ortodoxos no son enemigos, sino hermanos", a pesar de las muchas incomprensiones y problemas de aquellos años.

Sus años en Turquía y Grecia son decisivos para el encuentro de estos dos mundos tan cercanos en su momento, pero también tan diferentes, distanciados tras las dolorosas experiencias que los afectaron y a punto de experimentar nuevas preocupaciones, nuevas disgregaciones, nuevos conflictos. En Turquía y Grecia, el futuro Juan XXIII se convirtió en un pescador de hombres, siguiendo a Cristo, se sintió un pescador activo, obser-

SIGUE EN LA PÁGINA 5



MISA CON MOTIVO DEL 60º ANIVERSARIO DE LA APERTURA DEL CONCILIO VATICANO II, EN PÁGINAS 4-5



La advertencia durante la misa para la canonización de Juan Bautista Scalabrini y Artémides Zatti

# La exclusión de los migrantes es escandalosa y criminal

«Es escandalosa la exclusión de los migrantes. Es más... es criminal, los hace morir delante de nosotros». Lo dijo el Papa Francisco celebrando el domingo 9 de octubre, en la plaza de San Pedro la misa para la canonización de los beatos Juan Bautista Scalabrini y Artémides Zatti, dos ejemplos de inclusión frente a las «tantas desigualdades y marginaciones» presentes en el mundo.

Mientras Jesús va de camino, diez leprosos se le acercan gritando: «Ten compasión de nosotros» (Lc 17,13). Los diez son sanados, pero sólo uno de ellos vuelve para dar las gracias a Jesús: es un samaritano, una especie de hereje para los judíos. Al principio caminan juntos, pero luego la diferencia la hace aquel samaritano, que regresa «alabando a Dios a grandes gritos» (v. 15). Detengámonos en estos dos aspectos que el Evangelio de hoy nos sugiere: caminar juntos y agradecer.

En primer lugar, caminar juntos. Al principio de la narración no hay distinción entre el samaritano y los otros nueve. Se habla simplemente de diez leprosos, que forman un grupo y, sin división, van al encuentro de Jesús. La lepra, como sabemos, no era sólo una llaga física que también hoy debemos esforzarnos por erradicar, sino también una «enfermedad social», pues en aquella época, por miedo al contagio, los leprosos debían permanecer fuera de la comunidad (cf. Lv 13,46). Por eso, no podían entrar en los pueblos, se los mantenía a distancia, relegados a los márgenes de la vida social e incluso religiosa, aislados. Caminando juntos, estos leprosos expresan su grito contra una sociedad que los excluye. Y fijémonos bien que el samaritano, aunque sea considerado un hereje, un «extranjero», forma grupo con los demás. Hermanos y hermanas, la enfermedad y la fragilidad en común hacen caer las barreras y superan toda exclusión.

Es también una imagen hermosa para nosotros, porque cuando somos honestos con nosotros mismos, recordamos que todos tenemos el corazón enfermo, que todos somos pecadores, que todos estamos necesitados de la misericordia del Padre. Y entonces dejamos de dividirnos en base a los méritos, a los papeles que desempeñamos o a cualquier otro aspecto exterior de la vida; y caen así los muros interiores, caen los prejuicios. Así, finalmente, nos redescubrimos como hermanos. También Naamán el sirio como nos ha recordado la primera lectura, aunque era rico y poderoso, para ser curado tuvo que hacer una cosa sencilla, sumergirse en el río en el que todos los demás se bañaban. Para empezar, tuvo que quitarse su armadura, sus ropas (cf. 2 Re 5). Cuánto bien nos hace quitarnos nuestras armaduras exteriores, nuestras barreras defensivas, y darnos un buen baño de humildad, recordando que todos somos frágiles por dentro, todos estamos necesitados de curación; todos somos hermanos. Recordemos que la fe cristiana siempre nos pide que avancemos junto a los demás, nunca que seamos caminantes solitarios; siempre nos invita a salir de nosotros mismos hacia Dios y hacia los hermanos, nunca a encerrarnos en nosotros mismos; siempre nos pide que nos reconozcamos necesitados de cura-



ción y de perdón, que compartamos las fragilidades de los que nos rodean, sin sentirnos superiores.

Hermanos y hermanas, comprobemos si en nuestra vida, en nuestras familias, en los lugares donde trabajamos y que frecuentamos cada día, somos capaces de caminar junto a los demás, somos capaces de escuchar, de vencer la tentación de atrincherarnos en nuestra autorreferencialidad y de pensar sólo en nuestras propias necesidades. Pero caminar juntos es decir, ser «sinodales», es también la vocación de la Iglesia. Preguntemos hasta qué punto somos realmente comunidades abiertas y que incluyen a todos; si somos capaces de trabajar juntos, sacerdotes y laicos, al servicio del Evangelio; si tenemos una actitud de acogida no sólo con palabras, sino con gestos concretos hacia los que están alejados y hacia todos los que se acercan a nosotros, sintiéndose inadecuados a causa de sus complicadas trayectorias de vida. ¿Los hacemos sentir parte de la comunidad o los excluimos? Me da miedo cuando veo comunidades cristianas que dividen el mundo en buenos y malos, en santos y pecadores; de esa manera, terminamos sintiéndonos mejores que los demás y dejamos fuera a muchos que Dios quiere abrazar. Por favor, hay que incluir siempre, tanto en la Iglesia como en la sociedad, todavía marcada por tantas desigualdades y marginaciones. Incluir a todos. Y hoy, en el día en que Scalabrini se convierte en santo, quisiera pensar en los migrantes. Es escandalosa la exclusión de los migrantes. Es más, la exclusión de los migrantes es criminal, los hace morir delante de nosotros. Y es así que tenemos hoy el Mediterráneo, que es el cementerio más grande del mundo. La exclusión de los migrantes es repugnante, es pecaminosa, es criminal. No abrir la puerta a quien tiene necesidad. «No, no los excluimos, los enviamos a otra parte»: a los campos de concentración, donde se aprovechan de ellos y son vendidos como esclavos. Hermanos y hermanas, pensemos hoy en nuestros migrantes, en los que mueren. Y a aquellos que son capaces de entrar, ¿los recibimos como hermanos o nos aprovechamos de

ellos? Sólo dejo la pregunta. El segundo aspecto es agradecer. En el grupo de los diez leprosos hubo uno solo que, al verse curado, volvió a alabar a Dios y a mostrar su gratitud a Jesús. Los otros nueve fueron sanados, pero luego cada uno tomó su camino, olvidándose de Aquel que los había curado. Olvidar las gracias que Dios nos da. El samaritano, en cambio, hizo del don recibido el inicio de un nuevo camino; regresó donde Aquel que lo había sanado, fue a conocer de cerca a Jesús y comenzó una relación con Él. Su actitud de gratitud no fue, pues, un simple gesto de cortesía, sino el inicio de un camino de gratitud. Se postró a los pies de Cristo (cf. Lc 17,16), es decir, realiza un gesto de adoración, reconoció que Jesús es el Señor, y que Él era más importante que la curación que había recibido.

Y esta, hermanos y hermanas, es



también una gran lección para nosotros, que nos beneficiamos de los dones de Dios todos los días, pero que a menudo seguimos nuestro propio camino, olvidándonos de cultivar una relación viva, real con Él. Esa es una fea enfermedad espiritual, dar todo por sentado, incluso la fe, incluso nuestra relación con Dios, hasta el punto de convertirnos en cristianos que ya no saben asombrarse, que ya no saben decir «gracias», que no muestran gratitud, que no saben ver las maravillas del Señor. «Cristianos superficiales», como decía una señora que conocí. De esta manera, acabamos pensando que todo lo que recibimos cada día sea obvio y merecido. La gratitud, el saber decir «gracias», nos lleva en cambio a atestiguar la presencia de Dios-amor. Y también a reconocer la importancia de los demás, superando la insatisfacción y la indiferencia que deforman nuestro corazón. Saber dar las gracias es esencial. Todos los días, dar gracias al Señor, aprender a darnos las gracias entre nosotros: en la familia, por esas pequeñas cosas que recibimos a veces sin ni siquiera

preguntarnos de dónde vienen; en los lugares que frecuentamos cada día, por los muchos servicios que disfrutamos y por las personas que nos apoyan; en nuestras comunidades cristianas, por el amor de Dios que experimentamos a través de la cercanía de los hermanos y hermanas que muchas veces en silencio rezan, ofrecen, sufren, caminan con nosotros. Por favor, no olvidemos nunca esta palabra clave: ¡Gracias! No nos olvidemos de escuchar y decir «gracias».

Los dos santos canonizados hoy nos recuerdan la importancia de caminar juntos y de saber dar las gracias. El obispo Scalabrini, que fundó dos Congregaciones para el cuidado de los migrantes, una masculina y una femenina, afirmaba que en el caminar común de los que emigran no había que ver sólo problemas, sino también un designio de la Providencia: «Precisamente gracias a las migraciones forzadas por las persecuciones decía la Iglesia cruzó las fronteras de Jerusalén y de Israel y se hizo «católica»; gracias a las migraciones de hoy la Iglesia será un instrumento de paz y comunión entre

los pueblos» (cf. *L'emigrazione degli operai italiani*, Ferrara 1899). Hay una migración en este momento, aquí en Europa, que nos hace sufrir tanto y nos mueve a abrir el corazón. La migración de los ucranianos que huyen de la guerra. No nos olvidemos hoy de la Ucrania martirizada. Scalabrini miraba más allá, miraba hacia el futuro, hacia un mundo y una Iglesia sin barreras, sin extranjeros. Por su parte, el hermano salesiano Artémides Zatti, con su bicicleta, fue un ejemplo vivo de gratitud.

Curado de la tuberculosis, dedicó toda su vida a saciar las necesidades de los demás, a cuidar a los enfermos con amor y ternura. Se dice que lo vieron cargarse sobre la espalda el cadáver de uno de sus pacientes. Lleno de gratitud por lo que había recibido, quiso manifestar su acción de gracias asumiendo las heridas de los demás. Dos ejemplos.

Recemos para que estos santos hermanos nuestros nos ayuden a caminar juntos, sin muros de división; y a cultivar esa nobleza de espíritu tan agradable a Dios que es la gratitud.

El llamamiento en el Ángelus

## Elegir el camino de la paz frente al peligro nuclear

Al finalizar la misa para las canonizaciones, desde el atrio de la basílica de San Pedro, el Papa guio la oración del Ángelus, que introdujo saludando a los fieles devotos de los nuevos santos, recordando la beatificación de María Costanza Panas y el 60º aniversario del inicio del Concilio Vaticano II —uniendo a esto un sentido llamamiento contra la amenaza nuclear que hoy como entonces pesa sobre la humanidad— y rezando por las víctimas de la masacre en una escuela en Tailandia.

Antes de concluir esta celebración eucarística, saludo y agradezco a todos los que han venido a honrar a los nuevos santos. Saludo a los Cardenales, a los Obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, especialmente a los Misioneros y Misioneras de San Carlos Borromeo y a los Hermanos Salesianos Coadjutores. Saludo con gratitud a las Delegaciones oficiales.

Hoy, en Fabriano, será beatificada María Costanza Panas, monja clarisa capuchina, que vivió en el monasterio de Fabriano desde 1917 hasta 1963, cuando partió al cielo. Acogía a todos los que llamaban a la puerta del monasterio, infundiendo serenidad y confianza a todos. En sus últimos años, gravemente enferma, ofreció sus sufrimientos por el Concilio Vaticano II, cuyo 60º aniversario de inicio se cumple pasado mañana. Que la Beata María Constanza nos ayude a ser siempre confiados en Dios y acogedores con el prójimo. ¡Un



aplauso para la nueva beata! A propósito del inicio del Concilio, hace 60 años, no podemos olvidar el peligro de guerra nuclear que en aquel entonces amenazaba al mundo. ¿Por qué no aprender de la historia? También en aquella época había conflictos y grandes tensiones, pero se eligió la vía pacífica. Está escrito en la Biblia: «Así habla el Señor: «Deténganse sobre los caminos y miren, pregunten a los senderos antiguos dónde está el buen camino, y vayan por él: así encontrarán tranquilidad para sus almas»» (Jer 6,16). Aseguro mis oraciones por las víctimas del demencial acto de violencia ocurrido hace tres días en Tailandia. Con conmoción confío al Padre de la Vida, en particular, a los niños pequeños y a sus familias. Y ahora dirijámonos a la Virgen María para que nos ayude a ser testigos del Evangelio, animados por el ejemplo de los santos.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniquae suae Non praevalent

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.ort@spcva  
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI  
Director editorial

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:  
teléfono +39 06 698 45793/45794  
fax +39 06 698 84998  
e-mail: pubblicazioni.photos@spcva  
www.photos@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:  
Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano  
segreteria@redazione.system@ilsole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.  
Dirección de Comunicación Social.  
San Juan de Dios, 222-C. Col.  
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.  
Del. Tlalpan. México, D.F.;  
teléfono + 52 55 2652 99 55  
fax + 52 55 5318 75 32  
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,  
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú  
teléfono + 51 42 357 82  
fax + 51 431 67 82  
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe



Homilía del cardenal Pietro Parolin en la misa en la memoria litúrgica de la Virgen del Pilar

## Testimonios creíbles de nuestra fe

ROCÍO LANCHO GARCÍA

“¿Es posible pedir fe, esperanza y caridad para toda España, en el día en que el país celebra su fiesta nacional? Parecería que tendríamos que limitarnos a la Iglesia católica, a sus miembros,

a dar gracias a Dios por la presencia de María Santísima a lo largo de la historia de España, presencia que se remonta a los mismos comienzos de la evangelización en el país con el Apóstol Santiago. Una venerada tradición —recordó el carde-

Dar gracias a Dios por la presencia de María Santísima a lo largo de la historia de España, presencia que se remonta a los mismos comienzos de la evangelización en el país con el Apóstol Santiago

a sus feligreses, tomando en cuenta que hoy España, como todos los países europeos, es una realidad plural, en donde muchos no se reconocen más en el cristianismo. Si, por un lado, esto nos entristece, por el otro nos empuja a ser testimonios creíbles de nuestra fe, porque queremos que todos sean partícipes de la alegría del Evangelio.” Son palabras del cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado durante la misa que presidió el 12 de octubre, en la basílica de Santa María Mayor, con ocasión de la fiesta nacional española, que se celebra en la memoria litúrgica de la Virgen del Pilar.

La celebración eucarística contó con la presencia de la embajadora española ante la Santa Sede, Isabel Celáa. El purpurado inició la homilía invitando a los presentes

—relata que el Apóstol, desanimado por las grandes dificultades que estaba atravesando para evangelizar pidió una señal. “Fue entonces cuando se le apareció la Virgen María —quien aún vivía en carne mortal— de pie, sobre un pilar de mármol” y pidió que se le construyese allí una iglesia.

El secretario de Estado invitó también a pedir “fe, esperanza y amor para nosotros y para toda España, para que nuestros pies estén afianzados sobre roca”. Son los verdaderos “pilares” que permiten a nuestra casa —personal, familiar y nacional— que mantenga su solidez y su estabilidad, aseguró el cardenal Parolin.

Al respecto, el purpurado recordó que la Virgen Santísima afianzó su existencia sobre estos “pilares” porque la suya fue vida de fe, de espe-



ranza y de amor. Una vida de fe porque en ella se aplican las palabras de Jesús: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”.

Una vida de esperanza porque toda su vida es un conjunto de actitudes de esperanza, empezando por el “sí” en el momento de la anunciación y frente a todas las sorpresas y las dificultades del proyecto de Dios, “su esperanza nunca vaciló”.

Y María es mujer de la caridad, “ella es amor y manifiesta su amor no solamente en el momento de la encarnación, sino también en la vida pública de Jesús”. Un amor que “se manifiesta con la misma intensidad hacia el prójimo”.

El cardenal Parolin aseveró que “es posible rezar por todos los españoles”. Y que puede hacerse, sin ofender a nadie, “si entendemos la fe —en un sentido un-

dos los ciudadanos”. Es posible si entendemos la esperanza “como tensión hacia un mundo mejor y como lucha para lograrlo”. Lamentó que hoy en día el mundo

Una vida de esperanza porque toda su vida es un conjunto de actitudes de esperanza, empezando por el “sí” en el momento de la anunciación y frente a todas las sorpresas y las dificultades del proyecto de Dios, “su esperanza nunca vaciló”

poco ‘laico’— como apertura a la dimensión trascendente de la vida y a los valores espirituales, que garantizan el respeto y la promoción de la dignidad de cada persona y dan sentido al esfuerzo de asegurar el bienestar de to-

carece de esperanza ya que la pandemia de Covid-19 y la guerra en Ucrania, junto con todos los demás conflictos que ensangrientan el mundo y los serios problemas que enfrenta la humanidad, “nos llenan de temores

y de miedos e impiden mirar con serenidad al porvenir”.

Por eso, subrayó, “necesitamos mucha esperanza”. Es posible si entendemos la caridad “como solidaridad hacia los más necesitados y vulnerables y trabajamos juntos para aliviar sus sufrimientos y ponerlos en condiciones de vivir con dignidad”.

Lo podemos hacer —concluyó— si estamos dispuestos a respetarnos los unos a los otros, si estamos dispuestos a dialogar, a ofrecer nuestros dones y a recibir los dones de los demás, para contribuir a la construcción, nunca acabada, de una patria pacífica, atenta al bien común, respetuosa de la libertad religiosa y abierta a las necesidades del mundo.

## Una fiesta para conmemorar la hispanidad

LORENA PACHO PEDROCHE

El 12 de octubre, como el Papa Francisco recordó en la audiencia general, se celebra el día de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Hispanidad. Se conmemora el descubrimiento de América y el origen de una tradición cultural común a los pueblos de habla hispanica.

Aunque no es posible establecer con precisión la fecha exacta, se considera que el 12 de octubre de 1492 llegó a América la expedición dirigida por Cristóbal Colón, con la convicción de que estaban llegando a las Indias. Este acontecimiento supuso un punto de inflexión en la historia de España. También representa uno de los momentos fundamentales de la historia universal y el encuentro de dos mundos que habían evolucionado independientemente



te desde el origen de la humanidad. “La fecha elegida, el 12 de octubre, simboliza la efeméride histórica en la que España, a punto de concluir un proceso de construcción del Estado a partir de nuestra pluralidad cultural y política,

y la integración de los reinos de España en una misma monarquía, inicia un período de proyección lingüística y cultural más allá de los límites europeos”, explica la ley española, elaborada a finales de los años ochenta del siglo pasado.

Esta celebración también coincide con la Virgen del Pilar, patrona de la ciudad de Zaragoza y otra festividad importante de España. Como el cardenal Parolin recordó en su homilía, la tradición relata que el apóstol Santiago, desanimado por las grandes dificultades que estaba atravesando para evangelizar España, pidió una señal. “Fue entonces cuando se le apareció la Virgen María —quien aún vivía en carne mortal— de pie, sobre un pilar de mármol. Le

pidió al Apóstol que se le construyese allí una iglesia, con el altar entorno al pilar donde estaba de pie y prometió que ‘permanecerá este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio’”, recordó el Secretario de Estado. Santiago, acompañado por algunos de sus discípulos, decidió construir una basílica en honor a ella.

El 12 de octubre del año 40 se celebró la primera misa en la capilla de adobe que erigieron a orillas del río Ebro. El papa Inocencio XIII decidió fijar este día para conmemorar a la Virgen del Pilar.

La celebración de este año coincide además con la conmemoración del 400 aniversario



del establecimiento de la Embajada española ante la Santa Sede, en el Palacio de España. Esta sede diplomática, la más antigua del mundo, representa la relación entre el España y la Corte papal desde el siglo XVII. El palacio Monaldeschi de Roma fue alqui-

lado en 1622 para acoger a los embajadores españoles y en 1654 pasó definitivamente a manos de la corona española. Íñigo Vélez de Guevara, octavo conde de Oñate, lo compró por 22.000 escudos romanos, en una época en la que con 4 escudos podía vivir una familia de cuatro personas durante un mes.

La embajada atesora un legado histórico y artístico incalculable y recoge la herencia de la pionera diplomacia española, nacida en 1480 con Fernando el Católico. Dos obras esculpidas por un joven Bernini en 1619, *Alma condenada* y *Alma salvada*, son algunas de las “joyas” más destacadas de la colección artística. El palacio se convirtió en un importante centro cultural y de mecenazgo cultural. Velázquez pintó *La fragua de Vulcano* en lo que fue la panadería y hoy es la lavandería.





En la memoria litúrgica de San Juan XXIII el Papa Francisco celebra una misa con motivo del 60º aniversario de la apertura del Concilio

# Gracias al Vaticano II la Iglesia se redescubrió a sí misma y a los demás

«Fue para reavivar su amor que la Iglesia, por primera vez en la historia, dedicó un Concilio a interrogarse sobre sí misma, a reflexionar sobre su propia naturaleza y su propia misión. Y se redescubrió como misterio de gracia generado por el amor, se redescubrió como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, templo vivo del Espíritu Santo»: Así lo subrayó el Papa Francisco al celebrar el 11 de octubre por la tarde, la memoria de San Juan XXIII, en la basílica vaticana, la misa solemne con motivo del 60 aniversario del inicio del Vaticano II. Publicamos, a continuación, el texto de la homilía del Pontífice.

«¿Me amas?». Es la primera frase que Jesús dirige a Pedro en el Evangelio que hemos escuchado (Jn 21,15). La última, en cambio, es: «Apacienta mis ovejas» (v. 17). En el aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II sentimos que el Señor nos dirige estas palabras también a nosotros, a nosotros como Iglesia: ¿Me amas? Apacienta mis ovejas.

1. En primer lugar: ¿Me amas? Es una interrogación, porque el estilo de Jesús no es tanto el de dar respuestas, como el de hacer preguntas, preguntas que interpelan la vida. Y el Señor, que «habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos» (Dei Verbum, 2), nos pregunta todavía y seguirá preguntando siempre a la Iglesia, su esposa: «¿Me amas?». El Concilio Vaticano II fue una gran respuesta a esa pregunta. Fue para reavivar su amor que la Iglesia, por primera vez en la historia, dedicó un Concilio a interrogarse sobre sí misma, a reflexionar sobre su propia naturaleza y su propia misión. Y se redescubrió como misterio de gracia generado por el amor, se redescubrió como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, templo vivo del Espíritu Santo.

Esta es la primera mirada que hay que tener sobre la Iglesia, la mirada de lo alto. Sí, hay que mirar la Iglesia ante todo desde lo alto, con los ojos enamorados de Dios. Preguntémosle si en la Iglesia partimos de Dios, de su mirada enamorada sobre nosotros. Siempre existe la tentación de partir más bien del yo que de Dios, de anteponer nuestras agendas al Evangelio, de dejarnos transportar por el viento de la mundanidad para seguir las modas del tiempo o de rechazar el tiempo que nos da la Providencia de volver atrás. Pero estemos atentos: ni el progresismo que se adapta al mundo, ni el tradicionalismo o el «involucionismo» que añora un mundo pasado son pruebas de amor, sino de infidelidad. Son egoísmos pelagianos, que anteponen los propios gustos y los propios planes al amor que agrada a Dios, ese amor sencillo, humilde y fiel que Jesús pidió a Pedro.

¿Me amas tú? Redescubramos el Concilio para volver a dar la primacía a Dios, a lo esencial, a una Iglesia que esté loca de amor por su Señor y por todos los hombres que Él ama, a una Iglesia que sea rica de Jesús y pobre de medios, a una Iglesia que sea libre y liberadora. El Concilio indica a la Iglesia esta ruta: la hace volver, como Pedro en el Evangelio, a Galilea, a las fuentes del primer amor, para redescubrir en sus pobreza la santidad de Dios (cf. *Lumen gentium*, 8; cap. V). También nosotros, cada uno de nosotros tiene su propia Galilea, la Galilea del primer amor, y seguramente también cada uno de nosotros hoy está invitado a volver a su Galilea para escuchar la voz del Señor, «sígueme». Ahí, para volver a encontrar en la mirada del Señor crucificado y resucitado la alegría perdida, para concentrarse en Jesús. Reencontrar la alegría, una Iglesia que ha perdido la alegría ha perdido el amor. El Papa Juan, en sus últimos días, escribía: «Esta vida mía que llega a su fin no podría terminar mejor

que concentrándome totalmente en Jesús, Hijo de María... grande y continuada intimidad con Jesús, contemplado en imagen: niño, crucificado, adorado en el Sacramento» (*Diario del alma*, 977-978). ¡Esta es nuestra mirada alta, nuestra fuente siempre viva! Jesús, la Galilea del amor, Jesús que nos llama, Jesús que nos pregunta «¿me amas?».

Hermanos, hermanas, volvamos a las límpidas fuentes de amor del Concilio. Reencontremos la pasión del Concilio y renovemos la pasión por el Concilio. Abismados en el misterio de la Iglesia madre y esposa, digamos también nosotros, con san Juan XXIII: *Gaudet Mater Ecclesia* (*Discurso en la apertura del Concilio*, 11 octubre 1962). Que en la Iglesia viva la alegría. Si no se alegra se contradice a sí misma, porque olvida el amor que la ha creado. Y, sin embargo, ¿cuántos entre nosotros no logran vivir la fe con alegría, sin murmurar y sin criticar? Una Iglesia enamorada de Jesús no tiene tiempo para conflictos, venenos y polémicas. Que Dios nos libre de ser críticos e impacientes, amargados e iracundos. No es sólo cuestión de estilo, sino de amor, porque el que ama, como enseña el apóstol Pablo, hace todo sin murmuraciones (cf. *Flp* 2,14). Señor, enséñanos a mirar alto, a mirar la Iglesia como la ves Tú. Y cuando seamos críticos y estemos insatisfechos, recuérdanos

que ser Iglesia es testimoniar la belleza de tu amor, es vivir respondiendo a tu pregunta: ¿me amas? No es como si fuéramos a un funeral.

2. ¿Me amas? Apacienta mis ovejas. La segunda palabra, apacienta: Jesús expresa con este verbo el amor que desea de Pedro. Pensemos precisamente en Pedro: era un pescador de peces y Jesús lo transformó en pescador de hombres (cf. *Lc* 5,10). Ahora le asigna un nuevo oficio, el de pastor, que nunca había ejercitado. Y es un cambio, porque mientras el pescador toma para sí, atrae hacia sí, el pastor se ocupa de los otros, apacienta a los otros. Es más, el pastor vive con su rebaño, alimenta a las ovejas, se encariña con ellas. No está arriba, como el pescador, sino en medio. El pastor está delante del pueblo para marcar el camino, en medio del pueblo como uno de ellos, y detrás del pueblo para estar cerca de los que van tarde. El pastor no está por encima, como el pescador, sino en el medio. Esta es la segunda mirada que nos enseña el Concilio, la mirada en el medio, estar en el mundo con los demás y sin sentirnos jamás por encima de los demás, como servidores del Reino de Dios (cf. *Lumen gentium*, 5); llevar la buena noticia del Evangelio a la vida y en las lenguas de los hombres (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 36), compartiendo sus alegrías y sus esperanzas (cf. *Gaudium et spes*, 1).



estar en medio del pueblo, no por encima del pueblo. Este es el feo pecado del clericalismo que mata a las ovejas, no las guía, no las hace crecer, mata. Qué actual es el Concilio, nos ayuda a rechazar la tentación de encerrarnos en los recintos de nuestras comodidades y convicciones, para imitar el estilo de Dios, que nos ha descrito hoy el profes-

ta Ezequiel: «ir en busca de la oveja perdida y hacer volver al rebaño a la descarriada, vendar a la que está herida y curar a la enferma» (cf. *Ez* 34,16). Apacienta: la Iglesia no celebró el Concilio para contemplarse, sino para darse. En efecto, nuestra santa Madre jerárquica, que surgió del corazón de la Trinidad, existe para amar. Es un pueblo sacerdotal (cf. *Lumen gentium*, 10 ss.), no debe sobresalir ante los ojos del mundo, sino servir al mundo. No lo olvidemos: el Pueblo de Dios nace extrovertido y rejuvenece desgastándose, porque es sacramento de amor, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1). Hermanos, hermanas, volvamos al Concilio, que ha redescubierto el río vivo de la Tradición sin estancarse en las tradiciones; que ha reencontrado la fuente del amor no para quedarse en el monte, sino para que la Iglesia baje al valle y sea canal de misericordia para todos. Volvamos al Concilio para salir de nosotros mismos y superar la tentación de la autorreferencialidad, que es un modo de ser mundano. Apacienta, repite el Señor a su Iglesia; y apacientando, supera las nostalgias del pasado, la añoranza de la relevancia, el apego al poder, porque tú, Pueblo santo de Dios,



## Octubre 1962 El miedo y la esperanza

ANDREA MONDA

En estos primeros días de octubre la situación del conflicto en tierra ucraniana ha vivido una dramática escalada y todo el mundo está ya con la respiración contenida: la pesadilla de una guerra nuclear se ha hecho más cercana volviéndose una hipótesis concreta y probable.

En el mes de octubre de hace exactamente 60 años el mundo se encontraba en la misma situación, causada en ese caso por la crisis de los misiles cubanos: el 22 de octubre de 1962, el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy apareció en televisión para anunciar el descubrimiento de misiles soviéticos en la isla de Cuba. La crisis había explotado formalmente el 16 de ese mismo mes y hasta el 28, durante 13 días, el mundo estuvo en la respiración. La crisis fue superada y fue importante, entre otros factores, la intervención del Papa Juan XXIII que trató de mediar entre Kennedy y Kruscev, entonces líder de la URSS.

También hoy como entonces el Papa se dedica sin descanso a la búsqueda de una posible vía de mediación y de solución del conflicto hacia un paz justa y estable. Pero la humanidad es testaruda, dijo el Papa Francisco al finalizar su viaje a Malta, y está testarudamente enamorada de la guerra y parece que da la razón a la amarga constatación

que Hegel anotaba en sus lecciones sobre la filosofía de la historia: «Lo que la experiencia y la historia enseñan es esto: que hombres y gobiernos no han aprendido nada de la historia, ni han actuado nunca en base a principios de ella deducidos».

Si los filósofos parecen rendirse hay otros que no se resigna, por ejemplo, los artistas. En esos días del otoño de hace sesenta años, un judío de veinte dos años de Minnesota, compuso una de las baladas más célebres, *A Hard Rain is gonna fall* (Caerá una dura lluvia): «Escribí esa canción en los tiempos de la crisis de los misiles de Cuba. Me encontraba en Bleacher Street de noche junto a otras personas y nos preguntábamos preocupados si el final del mundo fuera próximamente. ¿Veríamos el alba del día siguiente? Era una canción de desesperación... ¿Qué podíamos hacer? ¿cómo podíamos controlar a las personas que estaban a punto de aniquilarnos? Las palabras me salieron rápido, muy rápido... Era una canción de terror, frase tras frase tratando de capturar el sentimiento que me daba la sensación de la nada». La expresión «una dura lluvia» fue leída como referencia a la guerra nuclear, Dylan sobre esto dijo y contradujo, pero el hecho es que esta canción posee una vertiginosa fuerza visionaria, de tonos apocalípticos: «Escuché el rugido de un trueno

que rugía una alarma, / El rugido de una ola que engulliría al mundo entero / Escuché a cien tambores con las manos en llamas, / Escuché a cien que susurraban y ninguno escuchaba, / escuché a una persona muriendo de hambre, y muchos riendo, / Escuché la canción de un poeta que moría en las cloacas, / Escuché el ruido de un payaso llorando en el callejón, / Y caerá una lluvia dura, dura».

Pero en ese mes de octubre de 1962 sucede también algo más. La historia tomaba también otra dirección, no solo esa habitual y estrecha de enfrentamiento armado entre los pueblos, sino una dirección inédita: el 11 de octubre de 1962 iniciaba el Concilio Vaticano II, la reunión más grande de la historia de la Iglesia católica, un evento que, viniendo de lejos (las novedades a menudo eclosionan mucho antes de llegar a lo más hondo), lanzó semillas en profundidad en el terreno de la Iglesia que hoy siguen desarrollando todo su potencial y fecundidad. Como recuerda el cardenal Poupard en una entrevista publicada en la edición italiana de este periódico, el inicio del Concilio ofreció a todos «la visión que en el medio de las turbulencias del mundo había una Iglesia viva, aún dotada de esta capacidad única de poner juntos a los representantes de tantos países, a menudo entre ellos diferentes y distantes si no hostiles».



iversario

# na pueblo de Dios para



eres un pueblo pastoral, no existes para apacentarte a ti mismo, para trepar, sino para pastorear a los demás, a todos los demás, con amor. Y, si es justo tener una atención particular, que sea para los predilectos de Dios, es decir los pobres y los descartados (cf. *Lumen gentium*, 8c; *Gaudium et spes*, 1); para ser, como dijo el Papa Juan, «la Iglesia de todos, en particular la Iglesia de los pobres» (*Radiomensaje a los fieles de todo el mundo, un mes antes de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 11 septiembre 1962).

3. ¿Me amas? Apacienta —concluye el Señor— mis ovejas. No piensa sólo en algunas, sino en todas, porque las ama a todas, las llama a todas afectuosamente “mías”. El buen Pastor ve y quiere a su grey unida, bajo la guía de los pastores que le ha dado. Quiere —tercera mirada— la mirada de conjunto. Todos, todos juntos. El Concilio nos recuerda que la Iglesia, a imagen de la Trinidad, es comunión (cf. *Lumen gentium*, 4.13). El diablo, en cambio, quiere sembrar la cizaña de la división. No ce-

damos a sus lisonjas, no cedamos a la tentación de la polarización. Cuántas veces, después del Concilio, los cristianos se empeñaron por elegir una parte en la Iglesia, sin darse cuenta que estaban desgarrando el corazón de su Madre. Cuántas veces se prefirió ser “hinchas del propio grupo” más que servidores de todos, progresistas y conservadores antes que hermanos y hermanas, “de derecha” o “de izquierda” más que de Jesús; erigirse como “custodios de la verdad” o “solistas de la novedad”, en vez de reconocerse hijos humildes y agradecidos de la santa Madre Iglesia. Todos, todos somos hijos de Dios, todos hermanos en la Iglesia. Todos Iglesia, todos. El Señor no nos quiere así, nosotros somos sus ovejas, su rebaño, y sólo lo somos juntos, unidos. Superemos las polarizaciones y defendamos la comunión, convirtámonos cada vez más en “una sola cosa”, como Jesús suplicó antes de dar la vida por nosotros (cf. *Jn* 17,21). Que nos ayude en esto María, Madre de la Iglesia. Que acreciente en nosotros el anhelo de unidad, el deseo de comprometernos por la plena comunión entre todos los creyentes en Cristo. Dejemos aparte los “ismos”, al pueblo de Dios no le agrada esta polarización. El pueblo de Dios es el santo pueblo fiel de Dios, esta es la Iglesia. Es hermoso que hoy, como durante el Concilio, estén con nosotros los representantes de otras comunidades cristianas. ¡Gracias, gracias por haber venido, gracias por esta presencia!

Te damos gracias, Señor, por el don del Concilio. Tú que nos amas, líbranos de la presunción de la autosuficiencia y del espíritu de la crítica mundana. Líbranos de la autoexclusión de la unidad. Tú, que nos apacientas con ternura, condúcenos fuera de los recintos de la autorreferencialidad. Tú, que nos quieres una grey unida, líbranos del engaño diabólico de las polarizaciones, de los “ismos”. Y nosotros, tu Iglesia, con Pedro y como Pedro te decimos: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amamos” (cf. *Jn* 21,17).

VIENE DE LA PÁGINA 1

vando el duro trabajo de los pescadores en el Bósforo y se convirtió en un hombre de caridad evangélica al ayudar a los numerosos refugiados de diversas etnias que se hacían en Estambul, en Constantinopla; se convirtió en un hombre de socorro en la gran hambruna de Grecia durante la guerra, interviniendo para salvar y fortalecer los contactos, superando antiguos prejuicios. Pero también es siempre un hombre espiritual que se apresura a escuchar las liturgias griega y armenia, debido a su gran amor por la liturgia. No siempre es comprendido por los suyos, no siempre



El abrazo entre Pablo VI y Atenágoras en Jerusalén (5 de enero de 1964)

es apoyado en esta experiencia de vida, cuyos frutos se verán durante su pontificado y en su visión del Concilio Vaticano II. Como se ha escrito, “Oriente para Roncalli, era una escuela de ecumenismo”. En aquellos tiempos difíciles, consiguió crear un ambiente de confianza con todos. Como decíamos al principio, el anuncio del Concilio Vaticano II parece, a los ojos del Patriarca Atenágoras, la consolidación del deseo expresado por su bendito predecesor Basilio III a Roncalli en 1927. Había salido su elección con un versículo to-

mado del Evangelio de Juan: “Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan” (*Jn* 1,6). A los ojos del mundo ortodoxo, ésta parece ser la respuesta de la Iglesia de Roma a las encíclicas de 1902 del Patriarca Ecuménico Joaquín III y a la encíclica de 1920 sobre la unidad de la Iglesia. El mundo ortodoxo está atravesado por entusiastas y escépticos de la iniciativa de un concilio ecuménico. Cuando se supo que este concilio sólo afectaría a la Iglesia romana, hubo cierta decepción y se pensó que era una limitación impuesta a las ideas del Papa Juan. Pero el Patriarca Atenágoras no renunció a llevar a Roma su gran deseo de supe-

ecuménico está abierto a Oriente y Occidente y ya no puede cerrarse. El Concilio Vaticano II será de gran interés para el mundo ortodoxo, sus teólogos y pastores, y será seguido en todas sus fases y documentos. La Iglesia de Roma entra en el movimiento ecuménico por derecho propio, superando la teoría del retorno, pero sobre todo, este concilio es realmente “la consecuencia lógica de toda la vida del Papa Juan”, es su saludo al final de la jornada tras la apertura del concilio: “Mirémonos así, en el encuentro, para captar lo que nos une, dejando de lado lo que puede mantenernos desunidos...”. Por lo tanto, recordando este concilio

rar el pasado y de caminar por los senderos del encuentro, mostrando así su interés por la iniciativa de la Iglesia de Roma. Este deseo de unidad intercristiana se apoya también en una redescubierta unidad real pan-ortodoxa, con las visitas de los distintos primados al Fanar y las sorprendentes visitas del Patriarca Atenágoras a las Iglesias ortodoxas autocéfalas, cuyos contactos darán lugar a las Conferencias pan-ortodoxas de Rodas en 1961 y al lento pero inexcusable camino hacia el santo y gran Concilio de Creta en 2016. El camino

lio por parte de los ortodoxos, muchos serían los temas que despertaron un vivo interés, pero nos gustaría recordar uno de ellos que nos pareció importante para la sensibilidad ortodoxa, a saber, la constitución sobre la sagrada liturgia y su referencia a la tradición, no como arqueología, sino como expresión viva de la Iglesia, enunciando el principio del retorno “ad pristinam Sanctorum Patrum normam”, la vuelta a las fuentes más antiguas de las diversas liturgias de la Iglesia, destacando su espiritualidad más fecunda en la participación activa de los fieles, una comunidad que celebra, un acto pastoral que brota de la obra de la Redención de Cristo, desprovista de funciones sociológicas o psicológicas, siempre una, incluso en la diversidad de ritos. Vuelve a ser una “obra del pueblo” en la que el colegio sacerdotal y los fieles forman un único cuerpo litúrgico, en el que cada uno tiene su función particular.

La centralidad de la Eucaristía, la oración común, las lecturas bíblicas, la concelebración, el uso de la lengua viva, la posibilidad de la comunión en las dos especies, apuntan a las palabras de San Juan Crisóstomo: “Toda la Eucaristía fue ofrecida una vez y nunca se agota. El Cordero de Dios, siempre comido y nunca consumido”. (En *Epist. Ad Hebr.*, Hom. 17; pg 63, 131).

El Papa Juan XXIII, ya lo hemos dicho, amaba la liturgia como la forma más elevada de oración de la Iglesia; la liturgia es un signo de unidad entre Dios y el hombre y entre el hombre y Dios. En cada rito de la liturgia encontramos lo que une por encima y por debajo de todas las cosas. El Concilio Vaticano II devolvió esta centralidad a la liturgia romana; es deber de todos los cristianos de hoy trabajar para redescubrir nuestra unidad en ese único Pan y ese único Cáliz, Cristo “el que está partido y no dividido, siempre comido y nunca consumido, pero que santifica a los que participan de él” (Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo).

\*Patriarca ecuménico

Mensaje de la Secretaría General del Sínodo por el 60º aniversario de la apertura del Vaticano II

## Al servicio del Concilio

Publicamos, a continuación, el texto del mensaje difundido por la Secretaría General del Sínodo de los Obispos con motivo del 60º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II.

El 60º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II es un momento de particular gracia también para el Sínodo, que representa un fruto de aquella asamblea ecuménica, más aún, “una de las herencias más valiosas” (Francisco, Apost. Const. *Episcopalis Communio*, 15 de septiembre de 2018, 1).

El *Synodus Episcoporum*, en efecto, fue instituido por San Pablo VI al comienzo del cuarto y último período del Concilio (15 de septiembre de 1965), atendiendo a las peticiones de numerosos Padres Conciliares.

La finalidad del Sínodo era y sigue siendo la de prolongar, en la vida y en la misión de la Iglesia, el estilo del Concilio Vaticano II, así como la de fomentar en el Pueblo de Dios la apropiación viva de sus enseñanzas, con la conciencia de que ese Concilio representó “la gran gracia de la que se ha beneficiado la Iglesia en el siglo XX” (Juan Pablo II, *Carta apostólica Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, 57). Una tarea que dista mucho de estar agotada, dado que la recepción del magisterio del Concilio es un proceso continuo, de hecho, todavía en los inicios en algunos aspectos.

A lo largo de estos decenios, el Sínodo se ha puesto constantemente al servicio del Concilio, contribuyendo por su parte a renovar el rostro de la Iglesia, en una fidelidad cada vez más profunda a la Sagrada Escritura y a la Tradición viva y en una escucha atenta de los signos de los tiempos. Sus Asambleas —General Ordinaria, General Extraordinaria y General Especial— han estado, cada una a su manera, impregnadas de la savia del Concilio, cuyas enseñanzas han profundizado de vez en cuando, abriendo las potencialidades ante nuevos escenarios, fomentando la inculturación entre los distintos pueblos.

El actual proceso sinodal, dedicado a la “Sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia”, sigue también la estela del Concilio. La sinodalidad es en todo momento un tema del Concilio, aunque este término —de reciente acuñación— no se encuentre expresamente en los documentos de la asamblea ecuménica. La carta magna del Sínodo 2021-2023 es la enseñanza del Concilio sobre la Iglesia, en particular su teología del Pueblo de Dios, un Pueblo cuya condición “es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo” (*Lumen Gentium* 9).

Al fin y al cabo, “comunión, participación y misión” —los términos que el Papa Francisco ha querido incluir en el propio título del ca-

mino sinodal, convirtiéndolos en las palabras clave, por así decirlo— son palabras eminentemente conciliares. La Iglesia que estamos llamados a soñar y a construir es una comunidad de mujeres y hombres atraídos en comunión por la única fe, por el común bautismo y por la misma Eucaristía, a imagen de Dios Trinidad: mujeres y hombres que juntos, en la diversidad de ministerios y carismas recibidos, participan activamente en la instauración del Reino de Dios, con el afán misionero de llevar a todos y a todas el testimonio gozoso de Cristo, único Salvador del mundo.

Ya Benedicto XVI afirmó que “la dimensión sinodal es parte constitutiva de la Iglesia: consiste en reunirse de todo pueblo y cultura para llegar a ser uno en Cristo y caminar juntos en pos de él, que dijo: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’ (*Jn* 14, 6)” (*Angelus*, 5 de octubre de 2008). En el mismo horizonte, el Papa Francisco, al conmemorar el 50 aniversario de la institución del Sínodo, afirmó que el camino de la sinodalidad, “dimensión constitutiva de la Iglesia”, “es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio” (17 de octubre de 2015).

Ciudad del Vaticano,  
10 de octubre de 2022

A un año de la apertura del proceso sinodal  
2021-2023



## Un camino que continúa

ANDREA TORNIELLI

“La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecu­ménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad...”. Han pasado sesenta años desde que Juan XXIII inauguró el Concilio Ecu­ménico Vaticano II.

Con un discurso en latín de 37 minutos, el 11 de octubre de 1962, el anciano Pontífice, ante el espectáculo de 2.449 obispos reunidos y una inmensa multitud que los había visto desfilar en la larga procesión por la plaza de San Pedro, hizo realidad un sueño y una inspiración que había tenazmente perseguido.

El Papa Roncalli no habría podido conducir hacia el puerto la nave que ese día se hacía a la mar. Sólo él, con el paso tranquilo y decidido de un campesino y la capacidad de captar los aspectos positivos de los signos de los tiempos, había sido capaz de llegar tan lejos, tomando una decisión a la que sus predecesores habían renunciado. Sólo él había podido abrir el Concilio.

Y sólo su sucesor, Pablo VI, pudo completar los trabajos del Vaticano II, logrando el milagro de que todos los documentos del Concilio fueran votados casi por unanimidad.

El Papa Montini sufriría en la década siguiente -aquella de la contestación y las divisiones internas- un “martirio de la paciencia” para mantener firme el timón de la Barca de Pedro, a fin de evitar encastrar en los bajíos a causa de los empujones hacia atrás o estrellarse contra las rocas a causa de las huidas incontroladas hacia delante.

Sesenta años después, ese viaje aún no ha concluido. El Papa Francisco, el primero de los sucesores de Pedro en el último medio siglo que no ha vivido directamente ese acontecimiento como padre conciliar o como teólogo, recorre concretamente sus caminos.

Lo hace recordando que el único fin para el que existe la Iglesia es el anuncio del Evangelio a las mujeres y hombres de hoy.

El magisterio del actual Obispo de Roma se refleja en las palabras pronunciadas precisamente hace sesenta años por el Papa Juan: testimoniar el rostro de una Iglesia “madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia”, es decir, capaz de cercanía y de ternura, capaz de acompañar a quien está en la oscuridad y en la necesidad.

Una Iglesia que no confía en sí misma y que no persigue el poder mundano ni el protagonismo mediático, sino que permanece humildemente detrás de su Señor, confiando sólo en Él.

## La actualidad del Concilio Vaticano II a los 60 años de su inauguración

SERAFÍN BÉJAR\*

El enclave histórico en el que nos encontramos está marcado por la incertidumbre; máxime en un momento donde la amenaza de utilización de armas nucleares parece retrotraernos a los momentos álgidos de la guerra fría de segunda mitad del siglo XX. La situación de inestabilidad que atravesamos después de la pandemia, agravada en gran parte por la invasión de Rusia a Ucrania, plantea una vez más la pregunta acerca del sentido de la historia universal. En efecto, ¿tiene la historia humana un significado? ¿el cúmulo de sinsabores de tantas generaciones se encamina hacia una meta? ¿no vivimos, más bien, una fragmentación de narrativas humanas de la que solo cabe esperar dispersión y confusión? ¿es la revolución tecnológica un acicate para la humanización del mundo o más bien una amenaza?

Estas son las preguntas a las que trató de responder el Concilio y que hoy se desvelan como plenamente actuales. En un tiempo donde la crisis germinal de los distintos proyectos ideológicos parecía desmentir el sentido unitario de la historia de la humanidad, el Vaticano II proponía al mundo su particular comprensión del significado del tiempo, más allá de un mero agregado de instantes. Con esta intención, las cuatro grandes constituciones conciliares articulaban los tres vectores definitorios del tiempo: el pasado, el presente y el futuro. Se trataba de una teología de la historia que ahora está muy vigente en las distintas alocuciones del Papa Francisco; especialmente cuando nos habla de la “memoria”, el “compromiso” y la “esperanza” como las tres dimensiones constitutivas de la identidad de las personas y de los pueblos.

En la *Dei Verbum* se anuncia que la eternidad ha entrado en el tiempo gracias al acontecimiento de la vida humana del Hijo de Dios. Esta revelación definitiva, trascendiendo lo que la mente humana jamás pudo pensar, se manifiesta como una anticipación del final de la historia



que le otorga un profundo sentido. Si la muerte ha sido vencida en la resurrección de Cristo, el ser humano no es ya un ser para la muerte sino para la vida. Ahora bien, dicho acontecimiento no ha quedado atrapado en el pasado, sino que tiene la virtualidad de tornarse vivo y eficaz en el aquí y ahora de la humanidad. El Concilio subraya de este modo el carácter sacramental de la historia universal, permitiéndonos barruntar una dimensión de profundidad que supera la mera consideración de los hechos brutos. Así, en *Sacrosanctum Concilium* se nos habla de la liturgia como una actualización del misterio pascual, que hace de Cristo resucitado un contemporáneo del ser humano. Esta contemporaneidad es la que permite a la Iglesia salir al encuentro de nuestro mundo y, en palabras de *Gaudium et spes*, hacerse solidaria de “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” (GS 1) del tiempo presente.

Por último, la anticipación del sentido de la historia universal permite a la Iglesia encaminar sus pasos hacia una

meta escatológica, como se nos dice en *Lumen Gentium*. La Iglesia es peregrina y, por tanto, no puede legitimar ningún poder de este mundo que pretenda concebirse como una realidad última y definitiva. El fracaso de los distintos proyectos utópicos nos ha enseñado que la intención de construir el cielo en la tierra lo que produce es el infierno.

El paraíso no será nunca el fruto de una conquista, sino el resultado del cumplimiento de la promesa de Dios.

Los griegos pensaron el mundo como “cosmos”, los medievales como “ordo” y la modernidad lo ha pensado como “historia”.

El Concilio, pretendiendo responder al tiempo moderno, nos ofrece el sentido de los desvelos humanos anunciando a Jesucristo como Señor de la historia. Aquí reside todavía su actualidad para nosotros.

\* Doctor en Teología y en filosofía. Catedrático de Teología de la Universidad Loyola Andalucía con sede en la Facultad de Teología de Granada.

## Los papas del Postconcilio: Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco

SALVADOR PIÉ-NINOT\*

La novedad más relevante de la comprensión del papa Juan Pablo II sobre el Concilio Vaticano II es que “la eclesiológica de comunión es la idea central y fundamental en los documentos del concilio” (Sínodo del 1985 y *Christifideles Laici*, nº19). Por parte del papa Benedicto XVI, su perspectiva es ver que el Concilio Vaticano II para su recta comprensión necesita de una “hermenéutica de la reforma”, ya que busca la sincera “renovación de la Iglesia” (2005).

Por parte del Papa Francisco, en su recepción del Vaticano II sobresale la recuperación de la categoría Pueblo de Dios cuando afirma que “la imagen de la Iglesia que más me gusta es la del santo Pueblo fiel de Dios. Es la definición que más empleo yo y está tomada del número 12 de la *Lumen Gentium*... La Iglesia es el Pueblo de Dios caminando en la historia, en medio de alegrías y de dolores” (2013).

Esta comprensión se repite en la *Evangelii gaudium* y en su visión sobre la sinodalidad ya que “el camino sinodal comienza escuchando al pueblo” (2015).

\* Doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana y profesor emérito de teología fundamental y eclesiológica tanto en la Facultad de teología de Cataluña como en la Universidad Gregoriana.

## Recepción del Concilio y Sinodalidad

ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ\*

La recepción de los Concilios Ecu­ménicos, desde su comienzo, no ha sido nunca fácil ni se ha producido de forma inmediata. Que la Iglesia en sus órganos de gobierno y representación autorizada llegue a una madurez de la conciencia de la fe o un desarrollo de la doctrina tal que le conduzca a elaborar unos textos que signifiquen un cambio tan decisivo en la comprensión de sí misma y de su misión, no significa que de forma inmediata esa conciencia pase a ser carne y sangre de la vida concreta de los miembros que la forman. Esto no es nuevo, sino un proceso normal en la historia de la Iglesia.

La recepción del Concilio de Nicea (325), referente a la afirmación de la plena divinidad del Hijo en relación con el Padre (*homoousios*), realmente se culminó en el sínodo de Constantinopla I en el 381 cuando se llega a la convicción de la plena divinidad del Espíritu en relación con el Hijo y el Padre (*homotimía*). El Concilio de Trento (1545-1563), en su vertiente de renovación pastoral de la vida de la Iglesia, solo fue alcanzando la real reforma de las estructuras eclesiales en siglos posteriores, pensemos por ejemplo en la erección de los seminarios diocesanos para la formación del clero (Salamanca en 1779; Sevilla en

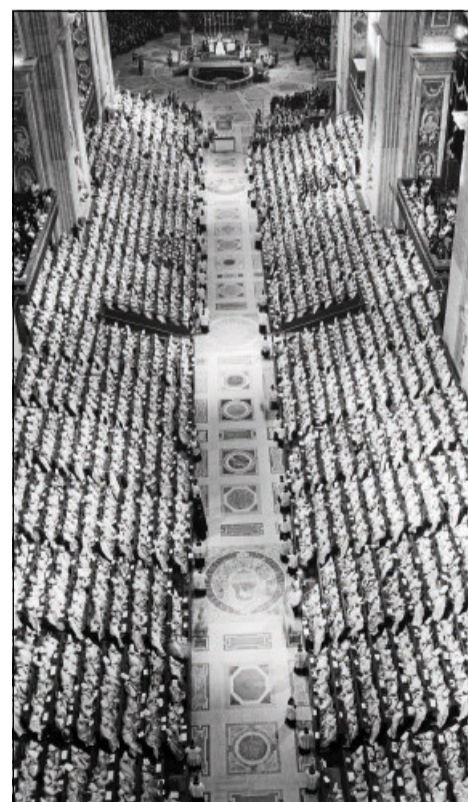
1831; Toledo en 1847).

El Concilio Vaticano II ha representado una renovación tal en la comprensión de la fe y de la vida de la Iglesia que se tardarán años en que sus líneas directrices más importantes terminen siendo patrimonio común de la vida cotidiana de los fieles. Lo que desde un punto de vista doctrinal y teológico puede estar muy claro, plenamente asumido en los tratados de teología, sin embargo, suele tener una dificultad mayor para ser acogido y vivido con naturalidad en la vida cotidiana de la Iglesia. La eclesiológica de comunión, la centralidad de la revelación de Dios y su Palabra, la celebración del misterio pascual como quicio de la liturgia, la misión de la Iglesia en el mundo moderno desde la conciencia de solidaridad con todos los hombres y el diálogo vivo y fecundo con la cultura contemporánea, son ideas directrices del Concilio Vaticano II que han fecundado el magisterio y la teología postconciliar. Pero, al significar un cambio tan importante respecto de la vida y la conciencia anterior de la Iglesia tardará tiempo en que ellas se conviertan de hecho en sustrato común de la vida de los fieles y se transformen en forma plena en las estructuras eclesiales.

Los Sínodos convocados por los papas desde Pablo VI hasta Fran-

cisco no han sido otra cosa sino la voluntad de recepción del Concilio Vaticano II en la vida concreta de los fieles a la luz de los nuevos acontecimientos y el progresivo desarrollo de la historia. Ya fueran estos de carácter temático (Evangelización, Justicia en el mundo, Catequesis, Penitencia, Eucaristía, Transmisión de la fe...), o referente a las formas de vida fundamentales en la Iglesia (Laicado, Presbiterado, Vida Consagrada, Obispos...), o respecto a la implantación del cristianismo en los distintos continentes del mundo (Ecclesia in Africa, Asia, Europa, Oceanía, Amazonia...) todos ellos no han pretendido más que favorecer y desarrollar esta recepción del último Concilio ecuménico. El Sínodo convocado por el papa Francisco, precisamente sobre la Sinodalidad, no es sino un desarrollo y actualización de la eclesiológica de comunión, idea directriz y espina dorsal del Vaticano II, según la recepción que hizo de él el Sínodo extraordinario de los obispos de 1985. Más allá de los documentos que nazcan como conclusión de este proceso, la novedosa convocatoria y realización del Sínodo en cuatro fases (diocesana, conferencias episcopales, continental y universal), implicando a la mayoría del Pueblo de Dios, es ya la expresión viva del corazón de la doctrina y la experiencia eclesial emanadas del Concilio Vaticano II.

\* Doctor en Teología en la Universidad Gregoriana y profesor de teología dogmática en la Universidad Pontificia Comillas, Madrid





El Pontífice pide a los peregrinos reunidos en Roma para la canonización de Scalabrini anteponer la fraternidad al rechazo y a la indiferencia

## Al paso de los últimos

«Si se tiene el paso de los últimos, se sube todos juntos. Esta es una regla de sabiduría..., siempre es necesario seguir el paso de los últimos». Lo aconsejó el Papa Francisco a los peregrinos reunidos en Roma para la canonización de Juan Bautista Scalabrini. Recibíendoles la mañana del lunes 10 de octubre en el Aula Pablo VI, el Pontífice exhortó a «anteponer la fraternidad al rechazo» y «la solidaridad a la indiferencia».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Todos de fiesta, ¿verdad? Doy las gracias al padre Chiarello por las palabras de saludo y de presentación. Estoy contento de poder estar un poco con vosotros, que participasteis ayer en la Celebración eucarística y en la canonización del beato Juan Bautista Scalabrini. Sois una asamblea muy variada -¡esto es hermoso!-: están los misioneros, las hermanas misioneras, los misioneros seculares y laicos scalabrinianos; están los fieles de las diócesis de Como y de Piacenza; y también están los migrantes de muchos países, una bonita "macedonia", y esto es hermoso. De esta manera, vosotros representáis bien la amplitud de la obra del obispo Scalabrini, la apertura de su corazón, al cual, por así decir, no bastaba una diócesis.

Fue de gran relevancia su apostolado a favor de los emigrantes italianos. En aquella época miles de ellos partían para las Américas. Monseñor Scalabrini los miraba con la mirada de Cristo, de la que nos habla el Evangelio, por ejemplo, Mateo escribe así: «Y al ver a la



bautizado está llamado a reflejar la mirada de Dios hacia los hermanos y las hermanas migrantes y refugiados -son muchos a dejar que su mirada amplíe nuestra mirada, gracias al encuentro con la humanidad en camino, a través de una proximidad concreta, según el ejemplo del obispo Scalabrini. Estamos llamados hoy a vivir y difundir

fraternidad y la amistad social, todos somos llamados a ser creativos, a pensar fuera de los esquemas. Estamos llamados a abrir espacios nuevos, donde el arte, la música y el estar juntos se conviertan en instrumentos de dinámicas interculturales, donde poder saborear la riqueza del encuentro de las diversidades.



muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados. Abatidos como ovejas que no tienen pastor» (9,36). Y se preocupó con gran caridad e inteligencia pastoral de asegurarles una adecuada asistencia material y espiritual.

También hoy las migraciones constituyen un desafío muy importante. Estas destacan la urgente necesidad de anteponer la fraternidad al rechazo, la solidaridad a la indiferencia. Hoy todo

la cultura del encuentro, un encuentro a la par entre los migrantes y las personas del país que les acoge. Se trata de una experiencia enriquecedora, en cuanto que revela la belleza de la diversidad. Y es también fecunda, porque la fe, la esperanza y la tenacidad de los migrantes pueden ser de ejemplo y de estímulo para quienes quieren comprometerse para construir un mundo de paz y de bienestar para todos. Y para que sea para todos, vosotros lo sabéis bien, en necesario

empezar por los últimos: si no se empieza por los últimos, no es para todos. Como en las excursiones en la montaña: si los primeros corren, el grupo se disuelve, y los primeros después de un poco estallan; sin embargo, si se tiene el paso de los últimos, se sube todos juntos. Esta es una regla de sabiduría. Cuando nosotros caminamos, cuando peregrinamos, es necesario seguir siempre el paso de los últimos. Para hacer crecer la

Por esto os exhorto a vosotros, misioneros y misioneras scalabrinianos, a dejaros inspirar siempre por vuestro Santo fundador, padre de los migrantes, de todos los migrantes. Su carisma renueve en vosotros la alegría de estar con los migrantes, de estar a su servicio, y de hacerlo con fe, animados por el Espíritu Santo, en la convicción de que en cada uno de ellos encontramos al Señor Jesús. Y esto os ayuda a tener el estilo de una gratuidad generosa, a no escatimar en recursos físicos y económicos para promover a los migrantes de forma integral; y os ayuda también a trabajar en comunión de propósitos, como familia, unidos en la diversidad.

Queridos hermanos y hermanas, la santidad de Juan Bautista Scalabrini nos "contagie" el deseo de ser santos, cada uno de forma original, única, como nos ha hecho y nos quiere la infinita fantasía de Dios. Y su intercesión nos dé la alegría, y nos dé la esperanza de caminar juntos hacia la nueva Jerusalén, que es una sinfonía de rostros y de pueblos, hacia el Reino de justicia, de fraternidad y de paz.

¡Gracias por haber venido a compartir vuestra fiesta! De corazón os bendigo a vosotros y a todos vuestros compañeros de camino allí donde vivís. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!



## El Papa a los jóvenes de Bélgica La humanidad está en grave peligro: necesitamos artesanos de la paz

«Estamos atravesando tiempos difíciles para la humanidad, que corre un gran peligro. Corremos un gran peligro»: así lo repitió enfáticamente el Papa Francisco en su discurso a los participantes en una peregrinación de jóvenes de Bélgica, recibidos en audiencia el 10 de octubre en la Sala Clementina. Llamándoles "embajadores de la juventud belga para la preparación" de la JM7 de 2023 en Lisboa, el Pontífice les pidió que fueran "artesanos de la paz".

Queridos jóvenes, ¡buenos días y bienvenidos!

Me alegra de encontraros. Os saludo a todos con afecto y, a través de vosotros, expreso mi cercanía espiritual a todos los jóvenes comprometidos en sus parroquias y comunidades cristianas de Bélgica. Admiro la audacia de vuestra fe, vuestro compromiso y vuestro testimonio cristiano en una sociedad que, como sabemos, está cada vez más secularizada. Es bueno ver a jóvenes de vuestra edad dispuestos a dedicarse a proyectos de evangelización y a vivir el mensaje de Cristo en medio de las ocupaciones cotidianas. No sólo sois el futuro de la Iglesia, no sólo eso, sino sobre todo el presente; os necesita, porque la Iglesia es joven: necesita vuestra generosidad, vuestra alegría, vuestro deseo de construir un mundo diferente, impregnado de los valores de la fraternidad, de la paz, de la reconciliación.

Experimentáis alegría y entusiasmo, pero a veces también miedo, dificultades, heridas, confrontación con vuestros límites, crisis. No hay que tener miedo a las crisis, porque las crisis nos hacen crecer. Te ponen frente a diferentes situaciones y tienes que avanzar y resolver problemas. No confundáis crisis con conflicto: el conflicto te cierra, la crisis te hace crecer. Por eso vuestra relación con Cristo debe ser sólida. Él es el Amigo fiel que nunca decepciona. El encuentro con Jesús os permite tener una nueva mirada sobre las situaciones, encontrar respuestas a vuestras preguntas, descubrir que sois capaces de asumir responsabilidades, avanzar en la vida y consolidar vuestra fe a través de un diálogo sobre vuestras convicciones. Además, no tengáis miedo de aceptar vuestra fragilidad, vuestra debilidad, y esto, hacedlo con humildad: "estos son mis límites, pero sigamos adelante". "Padre, soy neurótico..." Alégrate de ser neurótico y sigue adelante, sin miedo. No hay que ser superhéroes, sino personas sinceras, verdaderas y libres.

Como embajadores de la juventud belga para la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud 2023 en Portugal, os invito a cultivar la cercanía a todos los jóvenes, especialmente a los que viven en situaciones precarias, a los jóvenes migrantes y refugiados, a los jóvenes de la calle, sin olvidar a los demás, especialmente a los que experimentan una vida de soledad y tristeza. Sé que tenéis sed de una Iglesia verdadera y auténtica, formada por hombres y mujeres con una fe viva y contagiosa.

Así que os invito a cada uno de vosotros a haceros esta pregunta: ¿qué apporto yo personalmente para acercarnos a este objetivo? ¿Cuál es mi contribución a una comunidad cristiana alegre? La alegría debe estar siempre ahí, porque, ya sabéis, los cristianos con cara de funeral no trabajan, no son cristianos. Si eres cristiano, tendrás alegría. Queridos jóvenes, una cosa es muy importante: dejaos iluminar por los consejos y el testimonio de vuestros mayores. De hecho, "donde los jóvenes hablan con los viejos hay futuro; si no existe este diálogo entre viejos y jóvenes, el futuro no está claro" (Catequesis, 17 de agosto de 2022). Dialogar con las raíces, con lo antiguo, con los que nos han precedido, y avanzar. Creciendo en el diálogo con los ancianos podemos formar una personalidad sólida para las luchas diarias, y ellos también nos transmiten su fe y sus convicciones religiosas. Una de estas luchas es la lucha por la paz. Como bien sabéis, estamos atravesando tiempos difíciles para la humanidad, que corre un gran peligro. Estamos en grave peligro. Por eso os digo: sed artesanos de la paz a vuestro alrededor y dentro de vosotros; embajadores de la paz, para que el mundo redescubra la belleza del amor, de la convivencia, de la fraternidad y de la solidaridad. Vuestra vida "es un compromiso concreto desde la fe para la construcción de una sociedad nueva, es vivir en medio del mundo y de la sociedad para evangelizar sus diversas instancias, para hacer crecer la paz, la convivencia, la justicia, los derechos humanos, la misericordia, y así extender el Reino de Dios en el mundo" (Exhortación Apostólica Post-sinodal *Christus vivit*, 168).

Ante todos estos retos, es posible que os sintáis desanimados, no a la altura, desarmados e impotentes, es cierto. No tengáis miedo. Sed creativos, sed imaginativos; ¡elevad la mirada para afrontar los retos de la vida! Llenos de las gracias del Señor y de la fuerza del Espíritu Santo, "no esperen a mañana para colaborar en la transformación del mundo con su energía, su audacia y su creatividad" (*ibid.*, 178). Queridas muchachas y queridos muchachos, no os canséis nunca de ser portadores del Evangelio allá donde vayáis. Sé que sois generosos, sé que estáis llenos de entusiasmo y dispuestos a conquistar el mundo. No os distraigáis con las cosas triviales de la vida, ¡y son muchas! Concentraos en lo esencial, que surge de la amistad con Jesucristo. Os animo y os felicito por el trabajo que hacéis en vuestras comunidades. Os encomiendo al cuidado maternal de la Virgen María -su Rosario es una escuela de oración y de vida- y a la intercesión de los jóvenes santos. Os acompaño a todos con mi bendición, junto con vuestras familias y toda la juventud belga. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.



Entrevista a sor Mary Haddad presidenta de la Catholic Health Association en Estados Unidos

# Una misión dinámica al servicio de los más vulnerables

BERNADETTE MARY REIS

Sor Mary Haddad, de las Hermanas de la Misericordia, es presidenta y administradora delegada de la *Catholic Health Association* en Estados Unidos. Teniendo experiencias en el campo de la educación, del trabajo social y de la asistencia sanitaria, sor Mary se considera privilegiada por poder desempeñar los tres «ministerios esenciales de la Iglesia». En una entrevista con los medios vaticanos, sor Mary explicó que la *Catholic Health Association* participa activamente en las cuestiones relativas a la asistencia sanitaria en Estados Unidos y habló del rol central de las religiosas en este campo.

*¿Por qué la vida religiosa, y por qué las Hermanas de la Misericordia?*

Me gusta decir que mi llamada es un camino en la vía de la toma de conciencia para entender la acción de Dios en mi vida. Mis profesoras fueron las Hermanas de la Misericordia. Una vez que inicié el proceso, me comprometí. Una buena amiga mía religiosa de la Misericordia decía siempre: «La razón por la que entras no es la misma que por la que te quedas». Esta ha sido una constante en mi vida religiosa, es decir que nuestra llamada es verda-

deramente dinámica y nuestra respuesta debería ser igual.

*¿Cuáles son las temáticas afrontadas por la Catholic Health Association?*

Nuestro trabajo está guiado por la doctrina social de la Iglesia católica. Dedicamos particular atención a la dignidad humana y al bien común y nos preocupamos de quien es más vulnerable. Consideramos que la persona, para poder crecer y prosperar en su comunidad, debe estar sana. Y por eso queremos asegurar que todos tengan derecho a una asistencia sanitaria accesible. Esta es nuestra prioridad, junto a la tutela de la vida y de la libertad de conciencia. El Covid ha puesto una luz muy fuerte sobre tantas preocupaciones que nos acompañaban ya desde hace mucho tiempo.

Además, los episodios de racismo a la que hemos asistido aquí, en Estados Unidos, con el asesinato de George Floyd, nos han impulsado realmente a valorar cuál es nuestra parte en este trabajo. Y así nos concentramos sobre las desigualdades en la asistencia sanitaria y nuestro objetivo es eliminar las disparidades en el acceso y en la calidad de los servicios. Hemos observado la necesidad en el ámbito de la salud mental y comportamental, aumentadas



drásticamente después del Covid. Sabemos que antes de la pandemia eran numerosos los casos de suicidio y de otros problemas vinculados a la salud mental, que en ese periodo se han agravado de nuevo porque las personas se han sentido alejadas y aisladas. Después el cuidado por nuestros ancianos, nuestras personas más vulnerables. La percibimos como una llamada urgente a examinar, ahora, nuevos modelos de asistencia a largo plazo y permanente para las personas ancianas. Y, también, los cuidados paliativos, cómo tratamos las enfermedades crónicas y cómo acompañamos a las personas a

lo largo del ciclo de su vida. Tratando estos aspectos, hemos comprendido más plenamente el impacto de los factores ambientales y sociales sobre la salud de la persona. Y así hemos articulado los que definimos como «determinantes sociales de la salud»: un alojamiento seguro, un trabajo rentable y acceso a alimentos saludables. Hemos abierto los ojos sobre el llamamiento a la sostenibilidad de nuestra Tierra y hemos trabajado seriamente sobre la Plataforma de iniciativas *Laudato si'* de Papa Francisco. Entre nuestras prioridades está que nuestros sistemas sanitarios se comprometan a tener

cero emisiones antes de los próximos quince-veinte años.

*¿Cómo la Catholic Health Association se posiciona frente al debate sobre la posesión de armas?*

Hablamos de ello como si fuera una cuestión de criminalidad, pero de hecho se refiere a la salud pública. En los últimos diez años en Estados Unidos los homicidios han aumentado en el 75%. Es inmoral. Y, entre las causas principales de fallecimiento de jóvenes menores de 19 años, las muertes causadas por armas de fuego han superado las de los accidentes de tráfico. No tiene que ver solo con el crimen. Tiene que ver

con la salud, y por tanto hemos pedido revertir esta tendencia en crecimiento en nuestro país: se deben investigar los precedentes; además, es útil desarrollar búsquedas de salud pública sobre la morbilidad y la prevención de la mortalidad. Además, es necesario prohibir la venta de armas de fuego, evitar temporalmente el acceso a la compra de armas para quien se considere puede hacerse mal a sí mismo o a los otros y, naturalmente, prohibir la compra de municiones de alta capacidad. No hay ninguna necesidad de que estén disponibles al gran público. Nuestros trabajadores sanitarios están en riesgo a causa de una insensata violencia armada. Hemos tenido muertos y herido porque alguien ha entrado armado a un hospital o ambulatorio médico. Ahora que nuestros trabajadores sanitarios y los que trabajan en primera línea están saliendo de la pandemia, que ha representado para ellos un gran desafío a causa del estrés vivido en ese periodo, deben enfrentarse cada día al miedo de ser heridos yendo al trabajo. Por eso la violencia armada en realidad es una profunda crisis sanitaria, económica y moral. Las estadísticas dicen que se gastan cerca de 2'8 mil millones de dólares para hospitalizaciones e ingresos a causa de la violencia armada. Se trata de una cantidad inmensa de recursos invertidos para hacer frente a una cuestión que se puede resolver.

Audiencia a los participantes del Capítulo General de los Oblatos de María Inmaculada

## Misioneros de la esperanza entre los pobres

*La invitación a ser "testigos de la esperanza" dejándose "evangelizar por los pobres" fue dirigida por el Papa a los participantes en el Capítulo General de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, recibidos en audiencia la mañana del lunes 3 de octubre, en la Sala Clementina.*

Queridos hermanos, ¡buenos días y bienvenidos!

Me alegro de conocerlos con motivo de vuestro Capítulo General. Doy las gracias al Superior General, pobre hombre, sacado del desierto y traído a Roma, por su presentación, y le deseo a él y al nuevo Consejo una labor pacífica y fructífera. Y agradecemos a los Superiores y Consejeros que han concluido su servicio.

Sois una Familia religiosa dedicada a la evangelización y estáis reunidos para discernir juntos el futuro de vuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Habéis elegido un tema desafiante para este Capítulo, muy similar al elegido para el próximo Jubileo de la Iglesia: «Peregrinos de la esperanza en comunión». Es un tema que resume vuestra identidad en los caminos del mundo, a los que, como discípulos de Jesús y seguidores de vuestro fundador San Eugenio de Mazenod, estáis llamados a llevar el Evangelio de la esperanza, la alegría y la paz. Es un mundo que, aunque parece haber alcanzado metas que parecían inalcanzables, sigue siendo esclavo del egoísmo y está lleno de contradicciones y divisiones. El grito de la tierra y el grito de los pobres, las guerras y los conflictos que derraman sangre en la historia de la humanidad, la angustiada situación de millones de emigrantes y refugiados, una economía que hace cada vez más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, son algunos aspectos de un escenario en el que sólo el Evangelio puede mantener encendida la luz de la esperanza.

Habéis elegido ser peregrinos, redescubrir y vivir vuestra condición de caminantes en este mundo, junto a los

hombres y mujeres, los pobres y los últimos de la tierra, a los que el Señor os envía para anunciar su Reino. Vuestro Fundador fue también un caminante, en los orígenes de vuestra Familia religiosa, cuando recorrió con sus primeros compañeros las aldeas de su Provenza natal, predicando las misiones populares y haciendo volver a la fe a los pobres que se habían alejado de ella y a los que incluso los ministros de la Iglesia habían abandonado. Es un drama cuando los ministros de la Iglesia abandonan a los pobres.

Peregrinos y caminantes, siempre dispuestos a partir, como Jesús con sus discípulos en el Evangelio. Como Congregación misionera, estáis al servicio de la Iglesia en 70 países del mundo. A esta Iglesia, a la que el Fundador os enseñó a amar como a una madre, ofrecéis vuestro celo misionero y vuestra vida, participando en su éxodo hacia las periferias del mundo amado por Dios, y viviendo un carisma que os lleva hacia los más lejanos, los más pobres, aquellos a los que nadie llega. Al recorrer este camino con amor y fidelidad, vosotros, queridos hermanos, prestáis un gran servicio a la Iglesia.

Habéis escuchado la llamada a redescubrir vuestra identidad como sacerdotes y hermanos unidos por los lazos de la consagración religiosa. Peregrinos de la esperanza, camináis con el santo pueblo de Dios, viviendo con fidelidad vuestra vocación misionera, junto con los laicos y los jóvenes que comparten en la Iglesia el carisma de vuestro santo Fundador y que desean ser parte activa de vuestra misión. San Eugenio os enseñó a mirar el mundo con los ojos del Salvador crucificado, este mundo por cuya salvación murió Cristo en la cruz.

Ya dedicasteis uno de vuestros anteriores Capítulos Generales al tema de la esperanza, cuando sentisteis una particular llamada a ser testigos de esta virtud en un mundo que parece haberla perdido y busca en otra parte la fuente

de su felicidad. Ser misioneros de la esperanza significa saber leer los signos de su presencia oculta en la vida cotidiana de las personas. Aprende a reconocer la esperanza entre los pobres a los que sois enviados, que a menudo consiguen encontrarla en medio de las situaciones más difíciles. Dejaos evangelizar por los pobres que evangelizáis: ellos os enseñan el camino de la esperanza, para la Iglesia y para el mundo. Además, queréis ser testigos de la esperanza en la comunión. La comunión hoy es un reto del que puede depender el futuro del mundo, de la Iglesia y de la vida consagrada. Para ser misioneros de la comunión debemos vivirlo primero entre nosotros, en nuestras comunidades y en nuestras relaciones con los demás, y luego cultivarla con todos sin excepción. Durante vuestro Capítulo os habéis referido con frecuencia al camino eclesial de este tiempo, que redescubre la belleza y la importancia de «caminar juntos». Os exhorto a ser promotores de la comunión mediante expresiones de solidaridad, cercanía, sinodalidad y fraternidad con todos. Que el buen samaritano del Evangelio os sirva de ejemplo y de estímulo para haceros prójimo de toda persona, con el amor y la ternura que le impulsaron a atender al hombre robado y herido (cf. *Lc 10, 29-37*). Hacerse prójimo es un trabajo de todos los días, porque el egoísmo te atrae, te empuja hacia abajo, hacerse prójimo es salir.

En este Capítulo, también habéis evocado a menudo vuestro compromiso con la casa común, tratando de traducirlo en decisiones y acciones concretas. Os animo a seguir trabajando en esta dirección. Nuestra madre tierra nos nutre sin pedir nada a cambio; de nosotros depende entender que no puede seguir haciéndolo si nosotros no la cuidamos también. Todos estos son aspectos de esa conversión a la que el Señor nos llama continuamente. Volver al Padre común, volver a la fuente, volver al primer amor que os impulsó a

dejarlo todo para seguir a Jesús: ¡ésta es el alma de la consagración y de la misión!

Que vuestro Fundador, el carisma que os transmitió y su visión misionera sean y permanezcan como puntos de referencia para vuestra vida y vuestro trabajo; para permanecer arraigados en vuestra vocación misionera, sobre todo viviendo el testamento del Fundador, en el amor mutuo entre vosotros y en el celo por la salvación de las almas. Este es el corazón de vuestra misión y el secreto de vuestra vida, y para ello la Iglesia aún os necesita. En el inmenso campo de la misión que es el mundo entero, que Jesús sea siempre vuestro modelo, como lo fue para San Eugenio. Él, ante el Salvador crucificado, decidió un día ofrecer su vida para que todos, especialmente los pobres, pudieran experimentar el mismo amor de Dios que le había devuelto al camino de la fe.

Este año habéis celebrado el recuerdo de una gracia especial que San Eugenio recibió hace dos siglos ante la estatua de Nuestra Señora Inmaculada en la iglesia de la misión de Aix-en-Provence. Esto os renueva la invitación a tomar a María como compañera de viaje, para que os acompañe siempre en vuestra peregrinación. María peregrina, María en el camino, María que se levantó deprisa para ir a servir. Después de decir su «sí» a Dios a través del arcángel Gabriel, salió deprisa para ir a ver a su prima Isabel, para compartir el don y ponerse a su servicio. Que María sea también un ejemplo para vosotros en esto, para vuestra vida y para vuestra misión.

Queridos hermanos, os deseo una buena conclusión del Capítulo y os acompaño con mis oraciones. De corazón os bendigo a vosotros y a todos vuestros hermanos, especialmente a los que están enfermos y frágiles y a los que tienen dificultades en este momento. Y vosotros también, por favor, rezad por mí. Gracias.

*Las religiosas están en la base de la asistencia sanitaria católica.*

Forma parte de nuestro ADN. Cuando las religiosas llegaron a Estados Unidos en 1727, las ursulinas francesas desembarcaron en Nueva Orleans para cuidar de sus comunidades. No vinieron para dar cuidados sanitarios sino para ofrecer cuidados espirituales, para responder a las necesidades de la comunidad. Estos ministerios nacieron del deseo de servir el conjunto. El concepto de cuidado de toda la persona está en la génesis de la asistencia sanitaria católica en esta nación. Fueron las religiosas las que iniciaron el modelo de seguros. A menudo las personas miran a las religiosas y nosotros miramos la asistencia sanitaria católica: las religiosas hacen las obras de caridad, están ahí solo para dar el servicio. Sabemos que tenemos una gran historia de mujeres emprendedoras: mujeres que han sabido cómo crear modelos de servicio eficaces y capaces de consentirnos dar cuidados a nuestras comunidades ya que éramos capaces de gestionar los recursos esenciales para continuar tal servicio. Sabemos que nos apoyamos en los hombros de hombres y mujeres maravillosos. Como religiosa estoy muy orgullosa de la historia de la vida religiosa en el mundo y de las obras que se han realizado. Sé que está la tendencia a focalizarse en la disminución de todo esto, pero pienso que es esencial mirar esto como una oportunidad para seguir respondiendo al movimiento del Espíritu en el mundo actual, y a lo que se pide, en términos de servicio, a todo el pueblo de Dios.

#Sistersproject



El Papa a los participantes del Congreso «La santidad hoy»

# Los santos no vienen de un mundo paralelo sino de la vida cotidiana del pueblo de Dios

Los santos «no provienen de un “mundo paralelo”, son creyentes que pertenecen al pueblo fiel de Dios y que están insertados en la cotidianidad». Lo dijo el Papa Francisco dirigiéndose a los participantes del congreso sobre «La santidad hoy», recibidos en audiencia la mañana del jueves 6 de septiembre, en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me alegra encontrarme con ustedes al finalizar el Congreso sobre “La santidad hoy”, organizado por el Dicasterio de las Causas de los Santos. Saludo y agradezco al Cardenal Marcello Semeraro, a los otros superiores, a los oficiales, a los postuladores y a todos los colaboradores. Los saludo a todos ustedes que, provenientes de diversas partes del mundo, han participado en estas jornadas de estudio y de reflexión, propiciadas por el aporte de valiosos relatores, exponentes del mundo teológico, científico, cultural y mediático.

El tema elegido para el Congreso está en sintonía con la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, cuyo objetivo es «hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades» (n. 2). Tal llamado está en el corazón del Concilio Vaticano II, que ha dedicado un capítulo entero de la *Lumen gentium* a la vocación universal a la santidad y que afirma: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (n. 11). También hoy es importante descubrir la santidad en el pueblo santo de Dios: en

los padres que crían con amor a sus hijos, en los hombres y en las mujeres que realizan con dedicación su trabajo cotidiano, en las personas que sobrellevan una enfermedad, en los ancianos que siguen sonriendo y ofreciendo sabiduría. El testimonio de una conducta cristiana virtuosa, vivida hoy por tantos discípulos del Señor, es para

amor, su misericordia. Este don divino nos abre a la gratitud y nos permite experimentar una gran alegría, que no es la emoción de un instante o un simple optimismo humano, sino la certeza de poder afrontar todo con la gracia y la audacia que provienen de Dios. Sin esta alegría la fe se reduce a un ejercicio abrumador y triste;

todos estos contextos, el santo o la santa camina y obra sin temores o trabas, cumpliendo en cada circunstancia la voluntad de Dios. Es importante que cada Iglesia particular esté atenta a recibir y valorar los ejemplos de vida cristiana madurados dentro del pueblo de Dios, que desde siempre ha tenido un particular “olfato” para recono-

cer estos modelos de santidad, testimonios extraordinarios del Evangelio. Por tanto, es necesario tener en justa consideración el consenso de la gente en torno a estas figuras cristianamente ejemplares. De hecho, los fieles están dotados, por gracia divina, de una innegable percepción espiritual para identificar y reconocer en la existencia concreta de algunos bautizados la vivencia heroica de las virtudes cristianas. La fama *sanctitatis* no proviene en primer lugar de la jerarquía, sino de los fieles. Es el pueblo de Dios, en sus diferentes componentes, el protagonista de la fama *sanctitatis*, es decir, de la opinión común y difundida entre los fieles acerca de la integridad de vida de una persona, percibida como testi-

monio de Cristo y de las bienaventuranzas evangélicas. Sin embargo, es necesario verificar que tal fama de santidad sea espontánea, estable, duradera y difundida en una parte significativa de la comunidad cristiana. De hecho, esta es genuina cuando resiste a los cambios del tiempo, a las modas del momento, y genera siempre efectos saludables para todos, como podemos constatar en la piedad popular.

En nuestros días, el acceso correcto a los medios de comunicación puede favorecer el conocimiento de la vida evangélica de un candidato a la beatificación o a la canonización. Sin embargo, en el uso de los medios digitales, en particular de las redes sociales, puede existir el riesgo de forzamientos o mistificaciones dictadas por intereses poco nobles. Se necesita, pues, un discernimiento sabio y perspicaz por parte de todos los que se ocupan de valorar la calidad de la fama de santidad. Por otro lado, un elemento que comprueba la fama *sanctitatis* o la fama *martirii* es siempre la fama *signorum*. Cuando los fieles están convencidos de la santidad de un cristiano, recurren —incluso masiva y apasionadamente— a su intercesión celeste; que Dios acoja las oraciones repletas de fe y confianza. Queridos hermanos y hermanas, los santos son perlas preciosas; están siempre vivos y son actuales, no pierden nunca valor, porque representan un fascinante comentario del Evangelio. Su vida es como un catecismo con imágenes, la ilustración de la Buena Noticia que Jesús ha traído a la humanidad, que Dios es nuestro Padre y ama a todos con amor inmenso y ternura infinita. San Bernardo decía que, pensando

en los santos, se sentía arder «con grandes deseos» (Disc. 2; *Opera Omnia Cisterc.* 5, 364ss). Que su ejemplo ilumine las mentes de las mujeres y de los hombres de nuestro tiempo, reavivando la fe, animando la esperanza y encendiendo la caridad, para que cada uno se sienta atraído por la belleza del Evangelio y ninguno se pierda en la niebla del sinsentido y de la desesperación. No quiero terminar sin referirme a una dimensión de la santidad a la que dediqué un capítulo de la *Gaudete et exsultate*: el sentido del humor. Se solía decir que “un santo triste es un triste santo”. Eso es saber gozar de la vida con sentido del humor, ya que quedarnos con la parte de la existencia que nos hace reír aligera el alma. Y hay una oración que les aconsejo rezar —yo desde hace más de 40 años la rezo todos los días—, la oración de santo Tomás Moro. Es curioso que lo que él está pidiendo es para la santidad, pero empieza así: “Concédeme, Señor, una buena digestión, y también algo que digerir”. Va a lo concreto, pero tomándolo con humor. La oración está en la nota 101 de la *Gaudete et exsultate*, ahí está la oración, para que la puedan rezar.

Espero que las reflexiones y los requerimientos de su Congreso puedan ayudar a la Iglesia y a la sociedad a acoger los signos de santidad que el Señor no deja de suscitar, a veces también por los caminos menos pensados. ¡Les agradezco su trabajo! Lo encomiendo a la intercesión maternal de María, Reina de todos los Santos, y los bendigo de corazón. Y después, ya los ha comprometido el Cardenal Semeraro a rezar por mí; por eso no lo digo, ya lo ha dicho él.

Gracias.



todos nosotros una invitación a responder personalmente a la llamada a ser santos. Son los santos “de la puerta de al lado”, que todos conocemos.

Al lado, o más bien, en medio de esta multitud de creyentes, que he definido «santos de la puerta de al lado» (*Gaudete et exsultate*, 7), están aquellos que la Iglesia indica como modelos, intercesores y maestros. Se trata de los santos beatificados y canonizados, que nos recuerdan a todos que vivir el Evangelio en plenitud es posible y es hermoso. De hecho, la santidad no es un programa de esfuerzos y de renunciaciones, no es hacer una “gimnasia espiritual”, no, es otra cosa, es, ante todo, la experiencia de ser amados por Dios, de recibir gratuitamente su

pero teniendo la “cara larga” no se llega a ser santo, se necesita un corazón generoso y abierto a la esperanza. De esta santidad rica en buen humor nos da ejemplo el nuevo beato Juan Pablo I. Para los adolescentes y los jóvenes también es un modelo de alegría cristiana el beato Carlo Acutis. Y siempre nos edifica en su paradoja evangélica la “perfecta alegría” de san Francisco de Asís.

La santidad brota de la vida concreta de las comunidades cristianas. Los santos no provienen de un “mundo paralelo”, son creyentes que pertenecen al pueblo fiel de Dios y que están insertados en la cotidianidad, compuesta por la familia, el estudio, el trabajo, la vida social, económica y política. En

cer estos modelos de santidad, testimonios extraordinarios del Evangelio. Por tanto, es necesario tener en justa consideración el consenso de la gente en torno a estas figuras cristianamente ejemplares. De hecho, los fieles están dotados, por gracia divina, de una innegable percepción espiritual para identificar y reconocer en la existencia concreta de algunos bautizados la vivencia heroica de las virtudes cristianas. La fama *sanctitatis* no proviene en primer lugar de la jerarquía, sino de los fieles. Es el pueblo de Dios, en sus diferentes componentes, el protagonista de la fama *sanctitatis*, es decir, de la opinión común y difundida entre los fieles acerca de la integridad de vida de una persona, percibida como testi-

## El Pontífice recuerda que la pobreza no se combate con el asistencialismo sino con un trabajo digno Luchar contra la especulación que alimenta vientos de guerra

La invitación a «luchar contra los males de la especulación actual que alimenta los vientos de guerra» fue dirigido por el Papa a los participantes del Congreso de la fundación *Centesimus annus - Pro Pontífice*, recibidos en audiencia la mañana del sábado 8 de octubre, en la Sala Clementina.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos!

Le doy las gracias por las palabras de introducción. Y os doy las gracias a todos vosotros por el trabajo que lleváis adelante. Vuestra contribución a la doctrina social de la Iglesia la considero muy importante, sobre todo en el plano de la recepción, porque contribuí a hacerla conocer y comprender; pero diría también en el plano de la profundización, porque vosotros la leéis “desde dentro” del complejo mundo económico y social, y por tanto podéis seguir confrontando tal doctrina con la realidad, una realidad siempre en movimiento, que cambia

continuamente.

El tema de vuestro Congreso de estos días ha sido “Crecimiento inclusivo para erradicar la pobreza y promover el desarrollo sostenible para la paz”. Me parece que la expresión-clave sea la inicial: “crecimiento inclusivo”. Hace pensar en la *Populorum progressio* de San Pablo VI, ahí donde afirma: «El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (n. 14). Por tanto, el desarrollo o es inclusivo o no es desarrollo. Y entonces, esta es nuestra tarea, en particular la vuestra en cuanto fieles laicos: hacer “fermentar” la realidad económica en sentido ético, el crecimiento en el sentido del desarrollo. Y vosotros tratáis de hacerlo, a partir de la visión del Evangelio. Porque todo nace de cómo se mira la realidad.

En una novela suya, un narrador americano contempo-

ráneo habla del tiempo que precede a la caída de la bolsa y escribe: «Dentro de los diversos estados, la Depresión ya se estaba haciendo sentir, y los agricultores y trabajadores un poco por todas partes estaban en estado de alarma. Encontramos mucha gente desesperada en la calle, y el Maestro Yehudi me enseñó a nunca mirar a nadie desde arriba hacia abajo» (Paul Auster, *Mr Vertigo*, Turín 2015, 126).

Todo nace de cómo se mira, y desde dónde se mira. Solamente es lícito mirar a otro de arriba a en una situación: para ayudarlo a levantarse. No más. Este es el único momento lícito para mirar desde arriba hacia abajo. La mirada de Jesús sabía ver un gesto de don total en la pobre gente que ponía dos monedas en el arca del Templo (cf. *Mc* 12,41-44). La mirada de Jesús salía de la misericordia y de la compasión por los pobres y los excluidos. ¿De dónde sale mi mirada? Una pregunta que nos ayu-

dará siempre.

El crecimiento inclusivo encuentra su punto de partida en una mirada no replegada sobre sí misma, libre de la búsqueda de la maximización del beneficio. La pobreza no se combate con el asistencialismo, no, así se la “anestesia” pero no se combate contra ella. Como decía en la *Laudato si'*, «ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo» (n. 128). La puerta es el trabajo: la puerta de la dignidad de un nombre es el trabajo.

Sin un compromiso de todos para hacer crecer políticas laborales para los más frágiles, se favorece una cultura mundial del descarte. He tratado de explicar esta convicción también en el primer capítulo de la Encíclica *Fratelli tutti*, donde, además, se recuerda que «aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo

que ocurre es que nacen nuevas pobrezas» (n. 21). Crece la riqueza y nacen nuevas pobrezas.

Por eso el futuro invoca una nueva mirada, y cada uno en su pequeña manera está llamado a hacerse promotor de esta forma diferente de mirar al mundo, empezando por las personas y las situaciones que vive en la cotidianidad. El Maestro, en la novela citada, enseña a su alumno, a «no mirar nunca a nadie desde arriba hacia abajo»; creo que esta puede ser una buena indicación para todos. Todos somos hermanos y hermanas, y si yo soy el propietario de una empresa, esto no me legitima a mirar a mis trabajadores con aire de suficiencia. Si soy el administrador delegado de un banco, no debo olvidar que toda persona debe ser tratada con respeto y cuidado.

La Fundación *Centesimus Annus* puede declinar las importantes reflexiones conducidas en estos días, a través de la conversión de la mirada de

cada uno. La humilde mirada de quien ve en cada hombre y mujer que encuentra a un hermano y una hermana para respetar en su dignidad, antes que, eventualmente, un cliente con el que hacer negocios. Es un hermano, una hermana, una persona; puede ser cliente. Solo con esta mirada podremos luchar contra los males de la especulación actual que alimenta los vientos de guerra. No mirar nunca a nadie desde arriba hacia abajo es el estilo de todo trabajador de paz. Es lícito hacerlo solo para ayudar a levantarse.

Queridos amigos, os doy las gracias por haber venido, y sobre todo por el compromiso que cada uno de vosotros pone, ahí donde vive y trabaja, con el fin de promover un crecimiento inclusivo y, más en general, el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia. De corazón os bendigo a todos vosotros y a vuestras familias. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.



El Papa prosigue las reflexiones sobre el discernimiento deteniéndose en el tema del deseo

## La brújula para encontrar la estrella

*Ha sido «el deseo» el tercer «ingrediente» analizado por el Papa Francisco en el ciclo de catequesis dedicadas al tema del discernimiento. Francisco habló de ello en la mañana del miércoles 12 de octubre, en la audiencia general en la plaza de San Pedro, explicando que sin deseos falta el «punto de referencia que orienta el camino de la vida».*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estas catequesis estamos repasando los elementos del discernimiento. Después de la oración y el conocimiento de sí, es decir rezar y conocerse a uno mismo, hoy quisiera hablar de otro «ingrediente», por así decir, indispensable: hoy quisiera hablar del deseo. De hecho, el discernimiento es una forma de búsqueda, y la búsqueda nace siempre de algo que nos falta pero que de alguna manera conocemos, tenemos el olfato.

¿Este conocimiento de qué tipo es? Los maestros espirituales lo indican con el término «deseo», que, en la raíz, es una nostalgia de plenitud que no encuentra nunca plena satisfacción, y es el signo de la presencia de Dios en nosotros. El deseo no son las ganas del momento, no. La palabra italiana viene de un término latín muy hermoso, esto es curioso: *de-sidus*, literalmente «la falta de la estrella», deseo es una falta de la estrella, falta del punto de referencia que orienta el camino de la vida; esta evoca un sufrimiento, una carencia, y al mismo tiempo una tensión para alcanzar el bien que nos falta. El deseo entonces es la brújula para entender dónde me encuentro y dónde estoy yendo, es más, es la brújula para entender si estoy quieto o estoy caminando, una persona que nunca desea es una persona quieta, quizá enferma, casi muerta. Es la brújula de si estoy caminando o si estoy quieto. ¿Y cómo es posible reconocerlo?

Pensemos, un deseo sincero sabe tocar en profundidad las cuerdas de nuestro ser, por eso no se apaga frente a las dificultades o a los contratiempos. Es como cuando tenemos sed: si no encontramos algo para beber, esto no significa que renunciemos, es más, la búsqueda ocupa cada vez más nuestros pensamientos y nuestras acciones, hasta que estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio para apaciguarlo, casi obsesionados. Obstáculos y fracasos no sofocan el deseo, no, al contrario, lo hacen todavía más vivo en nosotros.

A diferencia de las ganas o de la emoción del momento, el deseo dura en el tiempo, un tiempo también largo, y tiende a concretizarse. Sí, por ejemplo, un joven desea convertirse en médico, tendrá que emprender un recorrido de estudios y de trabajo que ocupará algunos años de su vida, como consecuencia tendrá que poner límites, decir algún «no», en primer lugar, a otros estudios, pero también a posibles entretenimientos o distracciones, especialmente en los momentos de estudio más intenso. Pero, el deseo de dar una dirección a su vida y de alcanzar esa meta —llegar a ser médico era el ejemplo— le consiente superar estas dificultades. El deseo te hace fuerte, valiente, te hace ir adelante siempre porque tú quieres

llegar a eso: «Yo deseo eso». En efecto, un valor se vuelve bello y más fácilmente realizable cuando es atractivo. Como dijo alguien, «más que ser bueno es importante tener las ganas de serlo». Ser bueno es algo atractivo, todos queremos ser buenos, ¿pero tenemos ganas de ser buenos? Llama la atención el hecho de que Jesús, antes de realizar un milagro, a menudo pregunta a la persona sobre su deseo: «¿Quieres ser curado?». Y a veces esta pregunta parece estar fuera de lugar, ¡se ve que está enfermo! Por ejemplo, cuando encuentra al paralítico en la piscina de Betesda, que estaba allí desde hacía muchos años y nunca encontraba el momento adecuado para entrar en el agua. Jesús le pregunta: «¿Quieres curarte?» (Jn 5,6). ¿Por qué? En realidad, la respuesta del paralítico revela una serie de resistencias extrañas a la sanación, que no tienen que ver solo con él. La pregunta de Jesús era una invitación a aclarar su corazón, para acoger un posible salto de calidad: no pensar más en sí mismo y, en la propia vida «de paralítico», transportado por otros. Pero el hombre en la camilla no parecer estar tan convencido. Dialogando con el Señor, aprendemos a entender qué queremos realmente de nuestra vida. Este paralítico es el ejemplo típico de las personas:

«Sí, sí, quiero, quiero» pero no quiero, no quiero, no hago nada. El querer hacer se convierte en una ilusión y no se da el paso para hacerlo. Esa gente que quiere y no quiere. Es feo esto, y ese enfermo 38 años allí, pero siempre con las quejas: «No, sabes Señor, pero sabes que cuando las aguas se mueven —que es el momento del milagro— sabes, viene alguien más fuerte que yo, entra y yo llego tarde», y se queja y se queja. Pero estad atentos que las quejas son un veneno, un veneno para el alma, un veneno para la vida porque no hacen crecer el deseo de ir adelante. Estad atentos a las quejas. Cuando se quejan en familia, se quejan los cónyuges, se quejan uno de otro, los hijos del padre o los sacerdotes del obispo o los obispos de tantas otras cosas... No, si os estáis quejando, estad atentos, es casi pecado, porque no deja crecer el deseo. A menudo es precisamente el deseo lo que marca la diferencia entre un proyecto exitoso, coherente y duradero, y las mil ambiciones y los tantos buenos propósitos de los que, como se dice, «está empedrado el infierno»: «Sí, yo quisiera, yo quisiera, yo quisiera...» pero no haces nada. La época en la que vivimos parece favorecer la máxima libertad de elección, pero al mismo tiempo atrofia el deseo —quieres satisfa-



cerce continuamente—, que queda reducido a las ganas del momento. Y debemos estar atentos a no atrofiar el deseo. Estamos bombardeados por miles de propuestas, proyectos, posibilidades, que corremos el riesgo de distraernos y no permitimos valorar con calma lo que realmente queremos. Muchas veces encontramos gente —pensemos en los jóvenes, por ejemplo— con el móvil en la mano y buscan, miran... «Pero tú ¿te paras a pensar?» — «No». Siempre extrovertido, hacia el otro. El deseo no puede crecer así, tú vives el momento, saciado en el momento y no crece el deseo. Muchas personas sufren porque no saben qué quieren hacer con su vida; probablemente nunca han tomado contacto con su deseo profundo, nunca han sabido: «¿Qué quieres de tu vida?» — «No lo sé». De aquí el riesgo de trascurrir la existencia entre intentos y expedientes de diversa índole, sin llegar nunca a ningún lado, o desperdiciando oportunidades valiosas. Y así algunos cambios, aunque queridos en teoría, nunca son realizados cuando se presenta la ocasión, falta el deseo fuerte de llevar adelante algo. Si el Señor nos di-

rigiera, hoy, por ejemplo, a cualquiera de nosotros, la pregunta que hizo al ciego de Jericó: «¿Qué quieres que te haga?» (Mc 10,51), —pensemos que el Señor a cada uno de nosotros hoy pregunta esto: «¿qué quieres que haga yo por ti?»— ¿qué responderíamos? Quizá, podríamos finalmente pedirle que nos ayude a conocer el deseo profundo de Él, que Dios mismo ha puesto en nuestro corazón: «Señor que yo conozca mis deseos, que yo sea una mujer, un hombre de grandes deseos», quizá el Señor nos dará la fuerza de concretarlo. Es una gracia inmensa, que está en la base de todas las demás: consentir al Señor, como en el Evangelio, de hacer milagros por nosotros: «Danos el deseo y hazlo crecer, Señor». Porque también Él tiene un gran deseo respecto a nosotros: hacernos partícipes de su plenitud de vida. Gracias.

*«Mi corazón siempre está dirigido al pueblo ucraniano, especialmente a los habitantes de los lugares donde ha habido un auge de bombardeos... Cese el huracán de la violencia y se pueda reconstruir una convivencia pacífica en la justicia». Este es el nuevo llamamiento del Papa Francisco por la paz en Ucrania.*

*El Pontífice lo dijo al saludar, como es habitual al finalizar la catequesis, a los fieles presentes en la plaza de San Pedro. La audiencia general concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy celebramos a Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Hispanidad. Que Ella interceda por nosotros ante su Hijo, para que podamos descubrir el deseo que Él ha puesto en nuestros corazones, y nos alcance la gracia de llevarlo a cumplimiento. Que Dios los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

En estos días, mi corazón siempre está dirigido al pueblo ucraniano, especialmente a los habitantes de los lugares donde ha habido un auge de bombardeos. Llevo dentro de mí el dolor y, por intercesión de la Santa Madre de Dios, lo presento en la oración al Señor. Él siempre escucha el grito de los pobres que lo invocan: que el Espíritu pueda transformar los corazones de quienes tienen en su mano el destino de la guerra, para que cese el huracán de la violencia y se pueda reconstruir una convivencia pacífica en la justicia.

## “Argentina 1985” y el ecumenismo de los derechos humanos”

MARCELO FIGUEROA

Luego de algunos días de espera, finalmente pude ver en una sala repleta de Buenos Aires, la película “Argentina 1985”. La misma recrea el juicio a las tres primeras juntas de la última dictadura militar. La obra de Santiago Mitre centra su trama en las figuras del fiscal Julio César Strassera y su adjunto Luis Gabriel Moreno Ocampo, personificadas por los actores Ricardo Darín y Peter Lanzani. Esta extraordinaria pieza cinematográfica ya obtuvo premios en el Festival de Venecia y de San Sebastián, y es la candidata de Argentina para las nominaciones a los premios Oscar en la categoría de mejor película extranjera.

Aquel juicio a las Juntas, es considerado como un hecho histórico e inédito a nivel mundial ya que se llevó a cabo por un tribunal civil contra los mandos militares a los pocos meses de la recuperación del orden democrático. El gobierno electo, habiendo asumido el 10 de diciembre de 1983, firmó el 13 de diciembre el decreto 158 que daba comienzo al proceso judicial. Dos días después, el recién asumido presidente democrático Raúl Ricardo Alfonsín, creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), que tuvo por finalidad investigar los hechos relacionados con la desaparición de personas ocurridas en Argentina durante la dictadura militar entre los años 1976-1982. Bajo la presidencia del escritor Ernesto Sábato, la Comisión fue integrada por más de una docena de referentes sociales, políticos, culturales y religiosos. La CONADEP emitió un informe conocido como “Nunca Mas”. En su prólogo se puede leer lo siguiente: “Si bien tenemos que esperar de la justicia la palabra definitiva, no podemos callar ante lo que hemos oído, leído y registrado; todo lo cual va mucho más allá de lo que pueda considerarse como delictivo para alcanzar la tenebrosa categoría de los crímenes de lesa humanidad. Con la técni-

ca de la desaparición y sus consecuencias, todos los principios éticos que las grandes religiones y las más elevadas filosofías erigieron a lo largo de milenios de sufrimientos y calamidades fueron pisoteados y bárbaramente desconocidos”. Este histórico e imprescindible documento con los miles de testimonios recogidos, formó parte de la base probatoria a la que los fiscales tuvieron que recurrir. Esto se refleja en la película, lo mismo que la frase “Nunca Más”, que titula el libro que condensa el Informe, y quedó inmortalizada en las palabras finales del alegato del fiscal Strassera.

Lejos de considerarme un crítico cinematográfico, me resultó impactante ver como la película logra, en una tensión mantenida en más de dos horas, llevarnos a aquellos años donde muchos de nosotros vivimos ese proceso judicial con una mezcla de temor, incertidumbre y esperanza. Los ambientes de época, las actuaciones y la rigurosidad histórica son notables. Desde luego que algunos necesarios giros ficcionados permiten que la película no se transforme en un documental, pero como se dijo, sin perder el hilo de la verdad histórica que narra.

Sin embargo, en estas líneas, quisiera mencionar un desarrollo subyacente que resulta indispensable para comprender la historia, y que por sus dimensiones y coraje marcó a fuego y para siempre el ecumenismo en Argentina. El que bien podríamos llamar “el ecumenismo de los derechos humanos”. No se desarrolla en la película “Argentina 1985”, pero si habita en la memoria de muchos de nosotros, como parte de espacios religiosos con compromiso social.

Como antecedente directo de la CONADEP, se debe mencionar el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) que tuvo sus orígenes apenas un mes antes del golpe militar, en febrero de 1976. Contó entre sus integrantes a religiosos que ya habían estado presentes en la incipiente Asamblea Permanente por

los Derechos Humanos (APDH) nacida en 1975, como el obispo de Neuquén, monseñor Jaime de Nevares, el obispo evangélico metodista Carlos Gattinoni, y el rabino Marshall Meyer que luego formaron parte de la CONADEP. También la integraron el obispo metodista José Míguez Bonino, el pastor Aldo Etchegoyen y el rabino Roberto Graetz. Se incorporaron posteriormente a la CONADEP, el obispo de Quilmes monseñor Jorge Novak, y otros pastores evangélicos metodistas como Federico Pagura y Emilio Monti. Este verdadero “ecumenismo de los derechos humanos” como lo he llamado, junto al naciente movimiento de las “Madres de Plaza de Mayo” que se comenzaron a reunir en la Iglesia de San Ignacio en el centro de Buenos Aires, fueron dos bases fundamentales en la búsqueda de la verdad, la memoria y la justicia.

En una reciente publicación de «La Civiltà Cattolica» que deja testimonio de la conversación entre el Papa Francisco y los jesuitas de la región rusa, y que tuvo lugar el pasado 15 de septiembre en Nursultán, durante el viaje apostólico en Kazajistán, se le preguntó al Papa Bergoglio: ¿Cuando usted era provincial de Argentina le tocó vivir bajo una dictadura. ¿Cómo fue su experiencia en ese momento? Francisco respondió que “Los gobiernos dictatoriales son crueles. Siempre hay crueldad en la dictadura. En Argentina, tomaban presa a la gente, la metían en un avión y luego la tiraban al mar. ¡Cuántos políticos he conocido que fueron apresados y torturados! En situaciones como esta se pierden los derechos, pero también la sensibilidad humana. Lo sentí en ese momento. Cuántas veces escuché a católicos, incluso buenos católicos, decir: «¡Se lo merecían estos comunistas! ¡Se lo buscaron!». Es terrible cuando las ideas políticas superan los valores religiosos. En Argentina, fueron las madres las que crearon un movimiento para luchar contra la dictadura y bus-

car a sus propios hijos. Fueron las madres las que fueron valientes en Argentina”. Las líneas fundantes descriptas en el primer párrafo, refleja que también por esos años terribles y tenebrosos, junto a las madres valientes, el ecumenismo y el diálogo religioso tuvieron un rol decisivo en una lucha jurídica, espiritual y humana tan asimétrica como impredecible.

Estos ministros religiosos se comprometieron con la “gran política”, la de la vida y el coraje por los derechos fundamentales del ser humano. En el capítulo octavo de Fratelli tutti que lleva como título “Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo”, Francisco deja explícito que “Es verdad que los ministros religiosos no deben hacer política partidaria, propia de laicos, pero ni siquiera ellos pueden renunciar a la dimensión política de la existencia que implica una constante atención al bien común y la preocupación por el desarrollo humano integral” (FT #276). ¡De eso se trata y se trató también el compromiso religioso de aquellos años terribles de la historia Argentina!

La película “Argentina 1985” resulta imprescindible para preservar la memoria histórica de un país que supo, en el marco del estado de derecho democrático, juzgar sin venganza los responsables de las horas más oscuras de nuestra vida nacional.

Pero también, y fue el interés paralelo de esta líneas, dejar constancia de como las semillas de un ecumenismo de los derechos humanos dejó las bases del coraje y el compromiso político religioso en todos nosotros. Todo ello en el país “del fin del mundo” de uno de sus hijos dilectos, el Papa Bergoglio, quien como bien se sabe y quedo documentado en abundancia, también tuvo un rol sumamente comprometido con la justicia y la vida en aquellos años de muerte e impunidad anómica.

*Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Nunca Más. Eudeba 1984*